

ISBN: 978-65-00-16172-4

Tierra Prometida



Hendrik Wernick
Cuentos



“Cada lector se encuentra a sí mismo.”

(Marcel Proust)

Dados Internacionais de Catalogação na Publicação (CIP)
(Câmara Brasileira do Livro, SP, Brasil)

Wernick, Hendrik
Tierra prometida [livro eletrônico] / Hendrik
Wernick. -- 1. ed. -- São Paulo : Ed. do Autor, 2021.
PDF

ISBN 978-65-00-16172-4

1. Contos argentinos 2. Espiritismo
3. Espiritualidade 4. Metafísica (Parapsicologia)
I. Título.

21-54867

CDD-Ar863

Índices para catálogo sistemático:

1. Contos : Literatura argentina Ar863

Maria Alice Ferreira - Bibliotecária - CRB-8/7964



*Dedicado a Pablo, verdadero autor,
por el principio, medio y final.
Para Sueli, alma de mi alma.*

Índice

| | |
|--|----|
| Prefacio | 5 |
| Entre Vista | 6 |
| Continuará | 10 |
| El círculo | 14 |
| Tierra prometida | 18 |
| Ecos | 23 |
| La receta | 28 |
| Líquida vida..... | 36 |
| El hijo | 41 |
| ¡Ahí no guapo! | 47 |
| El tarot | 51 |
| La suegra..... | 55 |
| Intimidades | 61 |
| La otra..... | 67 |
| Afinidades..... | 72 |
| Sobre el autor y las obras..... | 79 |
| Centro Espírita Fraternidade da Luz..... | 81 |

Prefacio

Podría ser esa una obra sin presentaciones ni prefacio. Sin embargo, juzgo digno dar una satisfacción al lector amigo que donará un poco de su tiempo a las cosas del mundo que pasan desapercibidas, como son los personajes, hechos y cierres de los cuentos acá guardados.

Alguna vez lo dejé bien claro que no era el autor de las ideas (y sigo sin serlo), una vez que están sueltas y flotan un poco más arriba del parco entendimiento humano. Busco captarlas y grabarlas en la mente, liberarlas en frases enteras y en el peso de las palabras... en blancas hojas de papel.

Son esos los cuentos del más allá que sabía escondidos dentro de mí, no en el cuerpo físico que abandoné hace tiempo, sino en el Espíritu que atrae a las ideas tal como una antena.

Pese a la creciente popularidad de la Apometria y del Espiritismo en Brasil, país con mayor cantidad de adeptos y de obras espíritas del mundo, esas doctrinas poco hacen parte del cotidiano sudamericano, aunque sus fenómenos están constantemente presentes en las rutinas de todos, tal como lo buscan describir esos cuentos que son precisamente un producto del enriquecedor intercambio entre encarnados y desencarnados.

Rogaré a Dios que las personas que vengan a leer esos escritos entiendan la humilde enseñanza contenida y que no solamente los aprecien como obra, pero como una base para fortalecer sus ganas de querer cambiar, transformar algo que les parece imposible.

Pablo

Entre Vista

*“La peor ceguera es la de los que no saben
que están ciegos”.*
(Clarice Lispector)

Pese a que había asientos libres, prefirió como siempre seguir de pie, con sus espaldas ligeramente arrimadas a la puerta opuesta al andén, la que seguiría cerrada hasta el fin del trayecto. Buscaba salir de casa en los horarios más calmos, lejos de la turbulencia de los miles de transeúntes, de sus bullicios. Aunque era un amante de la paz y de la buena música, lo que en aquel momento lo hacía relajar era el monótono pero descompasado ruido del tren sobre los rieles, los suaves golpes de la inercia que provocaban los imprevisibles meneos de su cabeza, volviendo al plomo en cada nueva parada, reorganizando los pensamientos perdidos entre las estaciones.

Buscaba acordarse de algunos aspectos importantes para una buena entrevista de trabajo aparte de su impecable traje, como siempre aprobado por Marisa, que hoy se había despertado un tanto contrariada porque Daniel, pese a que ella tenía el día libre en la enfermería del Hospital Municipal, había decidido ir solo al Instituto de Literatura que se interesó por su currículum vitae, una nueva esperanza delante de su negro horizonte. Ella lo había acompañado hasta la escalera mecánica de la estación del barrio, se despidió con las típicas palabras alentadoras, con su fe y sobre todo con su cálido timbre de voz, en cuyas reflexiones Daniel lograba discernir casi certeramente todos los estados anímicos de Marisa, que capitulaba frente a ese don que su marido había desarrollado hace más de dos décadas. El balance del tren le traía a la memoria la suavidad de las últimas palabras antes del abrazo de despedida, en realidad no se acordaba de los términos utilizados pero sí de la dulzura, de la esperanza y también del amor, resistente a tantas metamorfosis de la vida, sin daños a su esencia y entereza.

Intentaba buscar particulares rasgos del semblante de Marisa, de la alborada de hoy en la cual la vio (o así se lo creyó) durmiendo a su lado, sin saber si era posible, si se trataba de un recuerdo, de un sueño o si era su verdadero rostro, eternamente imaginado, tan real como un espejismo. El parlante del vagón le informaba la siguiente estación en la que le tocaba bajar, desde allí tendría que cruzar toda la estación, salir por calle Bolivia, seguir por la vereda de la izquierda por tres cuadras, luego doblar hacia la izquierda en calle Panamá que, unos doscientos metros hacia el sur, desemboca en calle Perú donde se ubicaba el dicho Instituto de Literatura, que a su entrada conservaba los adoquines del mismo siglo XIX de su fundación.

Arribó quince minutos antes del horario combinado, lo justo para esquivar posibles imprevistos y también para calmarse, sentir la atmósfera del ambiente y discretamente pedir a los cielos para que le abriesen las puertas en otro intento de conseguir empleo. Se había animado más de lo acostumbrado, la voz de la Directora sonaba conciliadora al teléfono y el sueldo prometido era más que suficiente para sacarlos de los aprietos financieros, el dilema que, fuera algunas treguas, los acometía tenazmente. Mientras invocaba a los ángeles, sintió a Marisa en la misma frecuencia, frente a la Madonna en el rincón del living, pidiendo por la misma oportunidad, por recuperar la dignidad, esa que, aunque moralmente nunca se había ido, materialmente los hacía callar, muda resignación combatiente.

Como de costumbre, Daniel había causado impacto al entrar en la antesala, lo sentía por el breve silencio de la recepcionista, pero luego las vibraciones de un feliz asombro y una sonrisa común los hicieron relajar. Se llamaba Carla y le sorprendió positivamente, no se imaginaba a una joven, más bien a una señora madura, ejemplo de la tradición del Instituto. Se puso cómodo y pasó a observar la antesala, era fría, el sofá de cuero hace mucho no sabía lo que era un rayo de luz, los diversos volúmenes de libros almacenaban polvo, las flores a su lado eran artificiales, había algo de decadente.

En su mente buscaba al maestro Gonzalez y a la directora Cristina Mendes, y pedía a Dios para que bendijese la entrevista, que le pudiesen dar esa oportunidad. La propuesta era dar clases sobre uno de sus temas favoritos, el realismo mágico, base de su tesis de postgrado. Eso lo dejaba más confiado y con sus movimientos más seguros, sabía que los primeros instantes serían fundamentales, su tiempo sería muy corto. Su ansiedad iba y venía y el sonido del teléfono aceleró a su corazón, «sí, señora Cristina, el Sr. Daniel Fuertes ya se encuentra acá», ahora le tocaba a él. Sentía que Carla se acercaba para conducirlo hacia el pasillo, la agarró dócilmente por el codo y le dijo:

—Muy amable, Carla, pero a partir de acá sigo solo —su voz era firme y suave.

—Es la tercera puerta a la izquierda, suerte, Sr. Daniel —le contestó sin discutir, mirándolo inmóvil mientras él se alejaba por el pasillo.

Caminó por unos quince metros hasta acercarse a una puerta entreabierta de la cual salían rayos de luz natural, tibios y placenteros.

—Pase, pase, Sr. Daniel, espere que le ayudo con sus cosas —fue la respuesta del maestro Gonzalez a sus golpecitos a la puerta que sonaban a permiso.

Los saludó atentamente y observó que las voces de ambos correspondían plenamente a los respectivos apretones de manos. El del maestro era un gesto que

intentaba todavía pasar por cierta virilidad aunque la intensidad y la piel denunciaban su adelantada edad, la misma que la gastada voz indicaba, sin perder el sonido grave. La mano de la directora Cristina era fría y ligeramente sudada, llevaba un anillo con una piedra cuadrada, su mano se perdía por entera en la de Daniel, que la sintió como a una paloma asustada, molesta en el corto tiempo que se tocaron. Su voz buscaba transmitir naturalidad, pero no había melodía en la pronunciación y la entonación demostraba que no tenía muy claro cuáles serían sus siguientes palabras.

Tomó asiento e identificó las diferentes energías que salían de los entrevistadores, respiró con tranquilidad escuchando el ruido de la birome de la Directora sobre su cuaderno de tapa dura, sentada en silencio en una butaca enfrente a la de Daniel.

—Un segundito, Sr. Daniel, voy a buscar su currículum, lo dejé sobre el escritorio —se disculpaba el Maestro.

Además de estar acostumbrado a esas situaciones, Daniel decidió no juzgar a las personas de antemano, en su caso no se podía basar en una primera impresión. Mientras al fondo el Maestro buscaba algo en los cajones, Daniel le mandaba pensamientos de armonía, de paz y de fe a Cristina, intentaba calmarla y relajarla. Notaba cómo la inseguridad de la Directora se transformaba en tranquilidad y después de unos pocos segundos ella reposaba la birome. Al alzar su vista se impresionó con la calma en el semblante de Daniel.

—La organización no es una virtud mía, Sr. Daniel. Lo había dejado en un sobre al lado de esa carpeta —intentaba explicar el maestro Gonzalez.

—Lamentablemente mi ayuda para buscarlo no será muy valiosa, Maestro —contestó el esposo de Marisa compartiendo sonrisas, incluso la de la Directora, que ahora definitivamente lo miraba a los ojos.

La entrevista transcurrió en una atmósfera muy agradable y después del aromático cafecito servido por Carla se adentraron en el terreno de las interpretaciones literarias, alejándose definitivamente de carreras profesionales, estudios, cursos y formación. En la imaginación era donde Daniel mejor se movía, se olvidaba de todo a su alrededor y se concentraba en la idea central del asunto, de manera suelta, natural y repleta de posibilidades. Veía delante de sí los diferentes caminos de las frases, el hilo que se formaba, la idea que se asomaba, un olor, un detalle, una nueva voz y la de siempre, palabras que eran alternativas. Hablaron de fe, de costumbres, de cuentos, de probabilidades y por fin de realidades.

—¿Cómo ve usted la realidad? —le preguntó inocentemente la Directora, callándose repentinamente y Daniel notó que el silencio súbito demostraba cierto bochorno.

—Creo que la realidad está en mi mente. Seguramente tengo otras maneras de ver las cosas, pero eso no quiere decir que sean menos reales.

—¿Usted podría describirnos su casa, por ejemplo? —intervino el Maestro.

Daniel les describió la entrada con flores, la huerta de Marisa, la cocina, el comedor, el olor a comida, y al entrar al living les dijo:

—Es simple, tiene dos sofás, una mesa en el centro, al fondo la televisión, pero lo que más llama la atención es la estatua de la Madonna en el rincón, es de piedra jabón, un palmo y medio de altura.

De repente el corazón de Daniel disparó. Lo que veía le daba un nudo en la garganta, no atinaba pronunciar ninguna palabra.

—¿Le pasa algo, Sr. Daniel? —le preguntó el Maestro ante el silencio demorado.

—Es que la mujer arrodillada delante de la Madonna, la que se dio vuelta y me sonrió, es mi mujer —dijo Daniel, con ambas manos apoyadas sobre su bastón.

—Es hermosa —balbuceó casi en silencio la directora Cristina, la jefa de Daniel.

Continuará

*“Coraje es la resistencia al miedo, el dominio del miedo,
y no ausencia de miedo”.*
(Mark Twain)

Las cosas habían cambiado mucho en aquellos años. De la euforia que llenaba las calles para ver la parada militar rumbábamos hacia el combate con los enemigos que aparentemente estaban por todos los lados y en todas las ideas. Tenía dificultades en entender todo lo que pasaba políticamente, sabía que el país pasaba por momentos difíciles resultando en el golpe del general que al principio solo intervino para garantizar los derechos básicos del pueblo y establecer el orden, optando por el toque de queda.

Estaba consciente de que andábamos por años que no serían olvidados por las generaciones siguientes y que quedarían registrados en los libros de historia, pero creía que estaba con mis manos atadas. Los militares empezaron con las primeras persecuciones, se restableció la seguridad en las calles y después de dos o tres decisiones populistas y muchos acuerdos ocultos vino la noticia del referendo popular, al fin y al cabo «todo el poder emana del pueblo».

Las elecciones, bajo el control y la organización de las tropas del general en los recintos de la votación, legitimaron el comando militar, ¡viva la patria!, aclamaba el comandante en su discurso de victoria transmitido en directo por todas las radios que todavía quedaban funcionando en el país.

Un experto en política o en historia podría decir que ya se adivinaban esos movimientos pero yo no, mis preocupaciones no habían cambiado, había que cuidar a los hijos y apoyar a mi marido para que no le faltara trabajo, algo por sí solo preocupante para un periodista en la actualidad. Antes de que interviniesen en el periódico en el cual trabajaba Ariel, la casa estaba siempre llena de amigos que discutían los rumbos del país y formas de movilización para recuperar la libertad de imprenta, otro término con el que pasé a familiarizarme desde los grises cambios. Los chicos se animaban aquellas noches ya que Ricardo, *el Profesor*, como le decían, siempre les traía golosinas, el anarquista Matías les enseñaba nuevos acordes en la guitarra, y el punto alto para los chicos, antes de dormir, era participar del primer brindis, ellos con limonada y los adultos con lo alcohólico que había por el momento, copas erguidas en nombre de la anhelada libertad.

Esos encuentros escasearon desde que el nuevo redactor del periódico, el comandante Ruiz, le invitó a Ariel para una charla privada en la cual le informaba que a partir de aquel momento ya no escribiría sobre la situación política en el país, «*está todo calmo y estable, Ariel, no hay sobre qué relatar*», sino que se dedicaría a narrar sobre los

nuevos proyectos urbanísticos de la ciudad y quizás del país, todo dependería de Ariel. En breve inaugurarían una nueva plaza en el barrio norte, cambiarían el nombre de las principales avenidas para homenajear a los próceres del nuevo gobierno, o sea, «manos a la obra Ariel».

Fue ahí que noté que las cosas no andaban bien. Mi médico siempre me decía que a las enfermedades uno tiene que diagnosticar cuanto antes para combatirlas, agrandando las posibilidades de éxito. Ahora pienso que lo mismo se aplicaba a aquella situación, pero no hubo tiempo de pelearla, al rato uno no tenía más opciones que ser blanco o negro, vivir o sufrir.

En mi rutina en realidad pocas cosas habían cambiado: iba al mercado de siempre, los chicos seguían en el mismo colegio, las vacaciones las pasábamos en el campo donde tío Augusto tiene una finca y nuestra situación financiera seguía estable. Lo que realmente cambió fue la actitud de las personas y esa fue mi verdadera sorpresa.

Un nuevo orden se había establecido. Más allá de formas de gobierno, un cambio brusco como un golpe necesita de un cierto tiempo para acomodar su nueva estructura, en especial la humana. Es un momento en el que las relaciones de mando pueden cambiar radicalmente, el comandado ahora podía regir a sus antiguos superiores, y en esa tensión establecida el hombre revelaba su verdadera índole. Todo pasó a ser disimulado, las charlas en el quiosco, en la carnicería, en el correo del barrio, uno hablaba del necesario, sin opiniones ni polémicas, no se sabía de qué lado estaban, si había delatores, solamente daban la cara aquellos que ostensivamente defendían al gobierno, los que se unieron al comando y que en diferentes niveles y círculos sociales disfrutaban del mismo placer, la ostentación del poder. Sabíamos de los desaparecidos, ese rumor, que ya se había diseminado al centro, a las fábricas y que se hizo realidad con la evaporación de Ernesto, hijo de los Pastore, detenido de noche por los militares, a dos cuadras de acá.

Ariel estaba irreconocible, desilusionado. Hacía reportajes sobre la llegada de la primavera y las flores que desabrochaban en el antiguo Parque Esperanza, ese que ahora lleva el nombre del general. Incluso en el colegio de los chicos se notaban las diferencias, la presencia del general estaba en cada clase con su foto obligatoria, en cada himno y canto. Ya no era una cosa sutil, estaba siempre esa atmósfera de vigilancia, un juego en que jamás serás el cazador y en que no sabés si sos la caza. Profesores, padres, metalúrgicos, estudiantes, todos actuaban con cautela.

Discutía con Ariel sobre qué hacer, la toma de conciencia había tardado un poco y cuando todo se clareó, notamos que a esa altura, cualquier actitud opuesta a la del

gobierno ya no era una cuestión de punto de vista o de filosofía, sino cosa de vida o de muerte. Vimos delante de nosotros justamente ese punto en que la acomodación del sistema llega al dominio, ese al que busca siempre perpetuar. El mensaje era: no seas oposición, porque eso puede matarte a vos, a tu familia, a gente inocente que te quiere mucho y que sufrirá de todas las maneras.

Pensábamos también en la posibilidad de salir del país, buscar un nuevo comienzo en otro lugar, alejarnos de los nuestros y de cualquier actitud de cambio. Desilusionados, creíamos que acá el silencio era equivalente a un porfiado grito contrario, aunque sordo. Emigrar era una manera de hacer oposición pero a lo mejor sería cambiar una tristeza por otra. Ya escuchábamos los primeros ecos de las voces disidentes que venían desde afuera, de otros países.

No entiendo mucho de política, te confieso que verdaderamente nunca me interesó una filosofía partidaria o planos económicos, son demasiado complicados para mí, pero estoy segura de que, independientemente del modelo elegido, deben existir personas inteligentes y capacitadas para construir hospitales, tener buenos colegios para los chicos y maneras honestas de trabajar. No entiendo por qué, para alcanzar estos objetivos, había que prohibir que la gente se expresara libremente y jamás imaginé que esa imposibilidad me perturbase tanto.

La idea vino en una noche en que tomaba una taza de vino con Ariel, el peligro de reunirse con amigos hizo con que prudentemente nos aisláramos, agrandábamos así nuestra intimidad como pareja, incluso en el aspecto intelectual. Tenía charlas con mi marido en las cuales pronunciábamos todas las ideas que se almacenaban al largo del día. En la soledad del toque de queda hablábamos del amor, sonrisas plenas en el lecho desde el cual le describí un mundo de sueños, como si todavía estuviésemos en las nubes, mirando nuestras estrellas.

Así nació el personaje, y mandábamos los relatos de una dueña de casa, madre de dos hijas, casada y su visión interna respecto de la dictadura. Terminé el séptimo capítulo con la información «*Continuará*» y Ariel entregó las crónicas a una persona que conoce caminos hacia el extranjero. Pasados un par de meses fueron publicados desde allá y circulan clandestinamente por acá.

Lo que realmente sorprendió fue la acogida de los relatos, en especial del universo femenino. De alguna manera se identificaron con la protagonista porque vive la actualidad del país y aguardan continuidad. Hay un potencial para movilizarlas, dejarlas atentas a sus propias ideas.

Quiero que sepas que estoy asustada. Cada vez que veo una bota en la vereda empiezo a temblar por adentro. No tengo paz hasta que Ariel regresa del trabajo, mucho menos cuando nos acostamos y están los chicos. Tememos que debido a las características del personaje de los relatos o por algún topo infiltrado, puedan descubrir que soy la autora. Partiremos dentro de una hora, mi marido y mis hijos están esperándome en el puerto, cruzaremos la frontera, no tenemos opción y vos tampoco la tendrás, créeme.

Solo encontré una manera de mantener vivo al personaje. Hay que cambiarlo siempre, como camaleón. Cada dueña de casa, cada madre, cada hija tiene una opinión propia, lo mío fue solamente mi sueño, habrá que buscar nuevas visiones y autores. Serán siempre siete relatos, tendrás noventa días para escribirlos y dejarlos en un local que está señalado en el sobre que abrirás después que mi barco haya dejado puerto.

Nadie sabe quién es la heredera del personaje y jamás lo contaré. Hací lo mismo cuando te toque a vos elegir a alguien. La continuidad depende de vos, pero no quiero ejercer ningún tipo de presión, simplemente fuiste la idea más segura y menos sospechosa que me ocurrió, Fernando. Disculpáme si te paso una responsabilidad que jamás pediste. Sabré de tu decisión.

El círculo

*“¿Quién es mi madre,
quiénes son mis hermanos?”.*
(Jesus Cristo)

Estaban reunidos todos, comenzando por el pibe que corría junto al perro por el jardín mientras el viejo se abría una cerveza helada, fijándose qué había para picar. No sabía si era por el olor a comida rica, la que Carmen siempre sabía preparar sobre todo con amor, o si era por esa mezcla de sencillez y hogar que le abría el apetito. Para algunos la felicidad estaba realmente en eso: salame con limón, cervecita helada y el periódico deportivo mientras se prepara algo en la cocina. No era un tipo hablador, tampoco le gustaba ser protagonista, para él la felicidad, las buenas charlas y las cavilaciones legítimas nacen de los lugares comunes, de la autenticidad de los ambientes francos en los cuales uno puede ser como se siente. En eso, decía, estaba el lujo. Al viejo le gustaba sentarse en el rincón, casi sin que lo notaran, saboreaba la paz, consciente de que todos estaban por ahí, en armonía, mientras el aroma de comida le aumentaba la placentera sensación de disfrutar de la familia. A menudo veía pasar por la ventana de la cocina al nieto, miraba cómo se desarrollaba, «los chicos crecen de a saltos, es increíble cómo se parece a los padres».

La cocina era el eje de aquella casa, un lugar informal donde se permitían diferentes tipos de charlas, como si la ausencia de una butaca o de una mesa de centro le otorgasen más fluidez a las palabras, libertades confidenciadas, como si la razón se distrajese junto con las manos y los ojos que se ocupaban en cortar verduras, probar comida, abrir otra cerveza o limpiar platos. Era una zona de encuentros casuales, de charlas interrumpidas por Andrés que llegaba de sorpresa a buscar algo con un ojo fijo en el perro canchero que trataba de infiltrarse desapercibidamente, vieja estrategia.

Preguntaba a su padre si necesitaba algo al mismo tiempo que se daba cuenta que una vez más Carmen lo había arreglado todo, el delicado y discreto cariño de ocuparse de todos, de proporcionar momentos agradables. Por fin la casa lentamente absorbía lo que realmente eran los deseos y pensamientos de ambos, energías acumuladas durante la vida, felicidades, planes, dudas y esperanzas.

Otra vez sonaba el timbre, «seguro que son Miguel y Fernanda», decían, el perro se adelantaba en su rol de anfitrión entre abrazos, besos, niños, carrito de bebe y risas de cargadas francamente irónicas, había que estar siempre atento con Miguel, nunca se sabe cuándo te iba a tomar el pelo. Poco a poco se iban definiendo los territorios parciales, las mujeres charlaban muy a gusto en la cocina soltando sus primeras impresiones, lo

suficiente para sentir el respectivo ánimo y saber de las novedades más urgentes, desahogo, mientras los hombres trataban de domar la parilla, «al fin y al cabo *che*, preparar un asado no es tan simple como ellas se lo imaginan». Indecisos, el niño y el perro no sabían adónde acudir, estaba el cariño de mamá y las tareas de hombres, al fin se decidían por acompañar a los muchachos junto al asador, más bien motivados por la preocupación del perro en asegurar su lugar cerca de las costillas de cerdo.

Después de una rápida mirada a las carnes que preparaba Andrés, Miguel, con la cervecita en manos, se tendía en la hamaca, en realidad nadie se atrevía a acostarse en ella, era «la hamaca de Miguel» donde luego se juntaba su hija, conquistas valerosas de una amistad que le hacen sentir en casa. Desde allá echaba una breve mirada al cielo, lo suficiente para profetizar:

—Seguro que hoy no llueve, es mejor así, nuestro equipo es el más técnico y la cancha pesada sería mejor para ellos. Hoy me desperté con una buena sensación, el partido empieza a las cuatro, la tarde promete —avisó confiado, observando cómo le quedaba bien la camiseta del equipo de corazón al pibe y como era increíble su parecido con los padres.

Quique jugaba a la pelota con el perro, inventan juegos para quemar las energías acumuladas. Como todos los chicos, hacía nuevos descubrimientos y, orgulloso, comentaba, se reía, buscando afirmarse frente a su padre, algo que rápidamente ya sucedía entre Quique y Andrés. Había en ellos algo que los unía (aparte de la mirada cálida de Carmen), confianza, piel y sobre todo la certidumbre intangible de estarán siempre juntos en la vida, apoyándose mutuamente, compañeros de un mismo camino. Mientras tanto, lentamente se asomaba el viejo con la recién preparada *caipirinha* (esa que sigilosamente acababa por relajar a todos sin que lo notasen), como siempre tranquilo, la mirada pícaro y su característica ironía nunca utilizada para herir. Era la próxima víctima del niño que relataba sus nuevas hazañas y el mejor lugar para contarlas, no se lo podía negar, era el regazo del abuelo, ciclo de generaciones cerrándose.

Al fondo oían la voz de Lucas que recién había llegado y preguntaba si hacía falta llevar algo para el asador, una cervecita, carbón, silla o lo que sea.

—Así son las cosas, *che* —comentaba Andrés—, uno le entrega la llave de la casa por si acaso hay una emergencia y, tiempos después, llega en tu casa abriendo la puerta de la heladera.

El niño esta vez le ganó la carrera al perro y fue el primero en besar a Lucas, su medio hermano, otra pieza clave a formar ese raro rompecabezas. Lo quería mucho al

pibe, desde el principio se llevaron bien, reconocieron entre ellos la misma cepa de amor. De reojo solía constatar con curiosidad que, de cierto modo, el niño adquiría una manera parecida a la de Andrés, la misma forma de sonreír, quizás. Saludó a todos con la plena satisfacción de disfrutar de la tarde, aunque desconfiado de que Carmen vendría con sus (im)previsibles pedidos de comprar cositas en la tienda del barrio, normalmente en el justo momento en que se decide por tomar una cervecita, parece que su madre tiene un sexto sentido para tal.

Andrés caminaba por el pasillo y el bullicio de la cocina lo hacía sonreír. Jamás intentaba escuchar las charlas de las personas, entendía que era fundamental respetar el espacio de todos, sobre todo de mujeres que se creen charlando a solas. Lo que realmente le importaba era notar la alegría que también venía desde la cocina, la sencillez y la naturalidad era fundamentales para la armonía. Era una de las características de Carmen, cautivaba por la sinceridad, por el real interés en la felicidad de todos, por los consejos sin sabor a juzgamientos, por saber escuchar, tenía en su ser la certidumbre de que la vida siempre tiene reservado algo potencialmente lindo, algo que tenía a Dios en su centro junto con las ganas de dividir una fe al alcance de todos.

Entró en la cocina para avisarles que dentro de unos minutos la carne estaría en su punto, cuando notaron que el portón del garaje se abría. Sobre la inclinada rampa de acceso el viejo auto, castigado con las diversas desatenciones de todos, traía a Lila y Maíra, con el volumen de la radio a tope, sello de la juventud.

—¿No les parece mejor si maniobro yo? —bromeaba Andrés mientras el perro se ponía en un lugar seguro, era mejor no arriesgar su habitual huída a la calle para ver si su territorio seguía bajo su orden.

—Papá no cambia nunca sus chistes —murmuraba Maíra que disimulaba su sonrisa mientras Lila aparcaba el auto.

La llegada de las niñas también cambió el ambiente, despertaban una emoción diferente, especial. Mientras contaban sobre la feria de antigüedades donde buscaban cómics raros, Lila se fijaba en lo que su madre había preparado para el asado y la sonrisa delante de la heladera abierta confirmaba que Carmen le había preparado su postre predilecto, mimos que no pasaban con los años.

—¿Dónde está el pibe? —preguntaba ambas ya con el regalito de la feria en manos. No tardó mucho en asomarse: para él, esos domingos eran exquisitos, y saludar a sus hermanas era garantía de besos, cosquillas, cuentos y juegos.

Carmen coordinó a los que quedaban en la cocina para que llevaran las ensaladas, las empanadas y los cubiertos, el niño con sus hermanas se hizo cargo de las servilletas, «*hay que ayudar desde chiquito*» le gustaba repetir y Lila observaba que él hablaba con los mismos ademanes que su madre.

Antes de juntarse a los demás, Carmen repasó con su mirada a la cocina y se dio cuenta que estaba sola. Respiró hondo, sintió la paz en el ambiente, en su corazón y decidió quedarse un rato más. No sabía qué pensar, el silencio era gratitud, sintió a sus ojos nublados de emoción, su certidumbre de algo iluminado les acompañaba a todos, la fortaleza de la inmortalidad, de la justicia perfecta de un Creador que posibilitaba que almas afines y tan diversas se juntasen bajo una misma fuerza, un mismo amor, la llave.

Al llegar al asador vio a todos sentados en un círculo sin principio ni fin. Estaban el abuelo, todos los hijos, los amigos. Y estaba Andrés, para siempre su Andrés. Terminó su oración improvisada, corazón conmovido y que no necesitaba nada más. Vio el niño, cada vez más parecido al padre, en el regazo del abuelo mirando atentamente a Lucas que trataba de contar a los demás su sueño de anoche.

—*Che*, Andrés, ¡soñé que vos y mamá iban adoptar otro hijo!

Tierra prometida

“La igualdad tal vez sea un derecho, pero no hay poder sobre la Tierra capaz de convertirlo en un hecho”.
(Honoré de Balzac)

Teníamos registros de desastres naturales, fenómenos cíclicos, cataclismos que parecían restablecer el equilibrio, respuestas de la naturaleza. Pero lo de ahora era muy duro y largo, ya veníamos sintiendo los cambios, evidencias vivas de causas y efectos que nos acercaban al punto de supervivencia.

Por el quinto año la sequía castigaba por más tiempo a la tierra sedienta, las pocas lluvias ahora se concentraban en menos días, en forma de tormentas furiosas. Nuestras plantas no resistieron a esas variaciones y las cosechas casi desaparecieron por completo.

Hablé con el compadre que por su lado ya había comentado el tema con su familia y así se fue incrementando la discusión hasta que todos nosotros, los de aquel pequeño poblado, decidimos que empezaríamos a caminar. Llevaríamos solamente lo necesario; igual, cosas de valor material nunca existieron por allí. El suegro del compadre llevaba en el carrito su televisor, ese que siempre dejaba en la plaza del pueblo, debajo del enorme árbol cuyo esqueleto seco ahora se asemejaba al cansado caballo.

Hicimos un listado con el nombre de todos los del pueblo así como algunas peculiaridades que a lo mejor nos parecían importantes, tales como estado de salud, aptitud para andar o necesidad de un medio de locomoción especial, edad, animales, cantidad de comida y de agua. Esa función me tocó a mí porque yo era uno de los pocos alfabetizados. Al principio éramos cuatrocientas treinta y seis personas, dentro de las cuales se destacaba la cantidad de niños, que formaban más del cincuenta por ciento. Por otro lado, contamos pocos ancianos, ya que la expectativa de vida es baja por acá. De los catorce registrados, casi todos necesitaban ser transportados con prioridad en los carritos que preparábamos.

Lo que se escuchaba era que los refugiados ambientales empezaban a reunirse alrededor de la principal ciudad del estado, cerca de la frontera, a unos doscientos kilómetros de acá. Si caminábamos cruzando el altiplano la distancia era más corta, pero decidimos ir por la ruta principal, al costado del reseco lecho del río. Con suerte pasaría un camión que se compadeciese en especial de los ancianos y los llevase junto al compadre, que se responsabilizaría por acomodarlos, además de preparar nuestra llegada.

Partimos al amanecer sin llantos ni lamentos, aparte de algunos bebés quejosos. Estábamos acostumbrados desde generaciones remotas a cultivar la tierra, subsistíamos de sus frutos y de los ciclos de la lluvias, hace mucho eternizados en los calendarios

lunares de los extintos nativos. A la cabeza iban el compadre y el suegro indicando el camino y dictando el ritmo mientras yo era el colista, el último enlace de la cadena. Delante de nosotros iba el vecino con su familia que ya se ponía en marcha y quedábamos solamente nosotros para salir de la árida inercia. No me tuve ganas de mirar hacia atrás, observaba esa serpiente humana avanzando lentamente, culebra agonizante de mirada baldía buscando alimento y agua.

Rápidamente, el polvo se pegaba al sudor de la frente, únicas gotas de panzas casi vacías, respiraba calor seco y caminaba con la mente puesta en oración, cuando la lucidez así lo permitía. Dependíamos de la fe. En realidad no sabíamos qué buscábamos o qué nos esperaba en la ciudad, la única certidumbre que teníamos era que permanecer en el poblado significaría muerte segura y que cualquier alternativa diferente de esa sería mejor, instinto que opta siempre por vivir. No creíamos en falsas ilusiones como hallar tierra fértil en la que pudiésemos plantar, encontrar algún empleo para obtener comida y remedios, salimos necesitados de Dios y de la caridad de las personas para resistir cada sol, cada noche, cada hora y cada pensamiento.

El objetivo de los primeros seis días era llegar sanos a la ruta principal antes del atardecer, pero todo dependería de la salud y del ritmo de todos. Era difícil raciocinar cuando corrientes físicas desencadenadas por el hambre, por el estomago achicado, se adueñaban de los pensamientos y de los sentimientos, ocupaban el cerebro con constantes preocupaciones y pánicos frente a la inminente debilidad, desaliento o posible muerte de niños y ancianos. Empujaba el carrito en el cual se encontraban mi suegra y mis hijos, avanzaba con la cabeza gacha, observando las huellas de los demás por el camino, mis pies, los pasos, derecha, izquierda, el movimiento repetitivo por primera vez relajaba mi mente, borraba por un instante las sensaciones de miseria y sus angustias.

Todo se dilataba, empezando por la noción de espacio. Ya no tuve referencias una vez que el poblado se hubo perdido de vista a unos pocos metros de la caminata, en la primera curva del lecho del río. El sinuoso valle por veces imposibilitaba avistar la figura del suegro formando la cabeza de la serpiente y mucho menos era posible adivinar indicios de la ruta. Los picos de las montañas, antes nevados y formadores de ríos, ahora parecían más distanciados y opacos, mudos e indiferentes testigos de esa desazón ambulante.

El tiempo también era una dimensión indefinida. Me acordaba de mi último reloj, parado en algún tiempo remoto, el segundero implacable dividía el día en tactos, cada uno con la misma incertidumbre, partía minutos, horas y días. Esa percepción dejó de existir,

no restaba importancia, acá se trataba solamente de día y de noche, de luz y de oscuridad, de la crudeza de la conciencia y del alivio del sueño. No sabía precisar cuántos minutos u horas caminábamos, solamente registraba que mi sombra perdía en superficie, condensándose lentamente en un punto.

Pese a que todos habían abandonado sus hogares, el hecho de que volvíamos a tener un objetivo y que estábamos nuevamente en movimiento añadía a las miradas algo de inexplicable esperanza y solidaridad. Casi no hablábamos mientras marchábamos, éramos un destino común formado de silencio, pero en las paradas nos recordábamos del hambre, las miradas, inexpresivas y agotadas, volvían a tener la opacidad y el vacío de la misericordia. En el inconsciente buscábamos clemencia, alma que abandonaba el cuerpo para no malgastarlo, como picaflores en sus noches de letargo.

Habría que encontrar respuestas en la fe que, de la misma manera que el tiempo y las distancias, necesitaba ser expandida. No encontraba una respuesta coherente sobre nuestro destino implacable basándome en la vida de cada uno que caminaba. No había registros en nuestro pueblo de robos, de actos violentos, todos siempre compartieron lo que había, desde la única tele del suegro hasta los granos de maíz. Teníamos pocas cosas materiales pero una de las consecuencias indirectas era que vivíamos muy cerca de las primeras leyes, de los diez mandamientos, no robábamos, no deseábamos lo que no era nuestro, no matábamos y creíamos en Dios, ¿cómo explicar la miseria?

Por las noches, después de reunirnos inicialmente para discutir los procedimientos del día siguiente, nos congregábamos alrededor del cura, que siempre nos alentaba y buscaba enlazar los hilos sueltos de la esperanza.

—«Mi reino no es de este mundo», dijo el maestro Jesús. Hay esperanza para todos nosotros —finalizó el párroco en su sermón de diez minutos, tiempo máximo de concentración de los extenuados caminantes.

Nuestra realidad era tan cruda que la existencia de otros orbes y reinos era casi un alivio para mí, una nueva forma de esperanza. Me pareció intrigante el hecho de Jesús nos hablara de otros mundos a los cuales podemos acceder y me preguntaba cómo uno puede arribar con los suyos a ese reino, salir cuanto antes de esa pesadilla de sufrimientos en la cual nos encontrábamos.

Al anoecer, tras tomar un vaso de agua y un trozo de pan, nos acostamos al aire libre, de nubes ni señal. Tuve un sueño raro, arribaba a un lugar fresco, rodeado de personas que me sonreían y que calmadamente me iban cortando algunos hilos tenues que salían de mi cuerpo mientras que alguien parecido a un doctor reposaba su mano en mi

frente pasándome una sensación de extrema relajación. Era una sensación rara, sentía que por un lado mi cuerpo se debilitaba y me pesaba más, pero por el otro lado, que mi alma estaba más liviana.

Preocupado, me despertaba con frecuencia, me temía lo peor porque mi hija estaba muy débil y desnutrida. Sin vacilar, le di gran parte de mi ración de agua y pan y con eso se calmaba.

Al siguiente día me sentí un poco más dispuesto por la mañana, intentaba alentar a mis compañeros para seguir adelante, hacia la ciudad de la salvación. Una vez que encontrábamos la cadencia de la marcha, mis ojos se cerraban, como si tuviese un piloto automático en algún lugar de mi cerebro que se responsabilizase por mantenerme caminando en el sentido correcto. Mientras tanto me concentraba en mi cuerpo. Empecé a escuchar mi respiración, el flujo de aire cálido llenando los pulmones, la mente buscando mover las piernas, y al fondo, un poco descompasado, el corazón. Percibía mi sangre espesa y mi garganta totalmente reseca. Después de un rato largo, como por inercia, miré al costado y me sorprendí un poco al ver al doctor por acá, estaba seguro de que habitaba el mundo de sueños, por la noche ya le hablaré al suegro para que verifique si el doctor estaba en la lista de caminantes. Sería bueno tener un médico entre nosotros y pese a que me era familiar, no me acordaba de él en el pueblo. Había algo en su rostro que me intrigaba, algo irreal, pero no llegaba a ninguna conclusión porque mis pensamientos eran demasiado sueltos y luego se consumían.

Armamos las carpas para el almuerzo y otra vez me apiadé de la hija y volví a compartir mi parte de agua con la pobre. Al acostarme bajo el carrito me acuerdo que fue la primera vez que vi realmente al doctor de cerca, sentí su mano en mi frente y mi último pensamiento antes de desfallecer fue cómo lograba mantener su ropa tan limpia, tan blanca en medio de la polvorienta sequía.

Ahora los sueños se repetían, se me cortaban más hilos, no sé muy bien lo que significaba eso, seguía caminando en compañía del doctor, que curiosamente tenía el mismo ritmo que yo, si bien estaba mucho más entero.

—En algún lugar de la ruta, doctor, en alguna curva, la ayuda; en alguna llanura, la ciudad, quizás la salvación de mi hija y de muchos más. Ahora que ya vamos caminando lado a lado por un buen rato, le confieso que no me acuerdo hace cuántos días venimos recorriendo esa tangente. ¿A usted también le tiemblan las piernas? Le pregunto porque igual que a mí, noto que usted también ha reducido el ritmo de los pasos. Es mejor

así, hoy mi cuerpo pesa una tonelada y estoy muy cansado por haber velado a la hija por la noche; por Dios, la ración extra la está haciendo resurgir, ¿no le parece, doctor?

—Perdón si no le escucho bien, doctor, es que hoy me cuesta mucho raciocinar, a veces mi mente se apaga por un rato y tardo en ubicarme. Ahora mismo no veo nada más delante de mí que sus pies, sus sandalias y el final de su túnica, necesito llegar a la siguiente parada, creo que en algún momento me habían dicho que ya estamos en la ruta principal hace unos días, en algún momento llegaremos al campamento, a nuestra tierra prometida. Por ahora rezo por descanso, ¿puedo apoyarme un poco en usted?

En el instante en que yo pensaba cómo era posible que, pese al hambre y la miseria, el doctor no tuviera el cuerpo escuálido como nosotros, la serpiente humana paró para el almuerzo del sexto día y mis ojos se cerraron como una cortina de teatro. Fue un sueño muy pesado del cual no guardé ningún recuerdo. Cuando recobré los sentidos estaba nuevamente al lado del doctor que nunca me descuidaba.

—La verdad es que estoy un poco confundido, doctor, desde la siesta me siento mucho mejor, los pasos casi no me cansan, incluso la sensación de sed y de hambre han disminuido mucho.

Estaba tan dispuesto que incluso decidí junto con el médico subir al mirante al lado de la parada donde, según los carteles, se podía avistar la ciudad. Llegamos rápidamente, estaba feliz y ansioso por estar cerca del destino que, en la cima, se dibujó en forma de un mar de carpas de la Cruz Roja a un par de kilómetros de allá.

Eufórico, bajé corriendo, quería avisarles a todos que estábamos cerca, que la caminata había valido la pena, que nuestros esfuerzos serían recompensados, transmitirles la esperanza que ahora más que nunca sentía en mi corazón. Frente a la falta total de repercusión, miré cada uno a los ojos diciéndoles que había esperanza a la vuelta de la curva, que yo estaba seguro de que en algún lugar estaría el reino de Jesús, hay que seguir caminando siempre. Abracé a la hija, que se restablecía poco a poco, pero no pareció notar mi presencia.

Como solía pasar en los últimos momentos, aparte del doctor, nadie me miraba o escuchaba. Al comando del suegro, la serpiente se movía para su tramo final. En el último carrito, ahora comandado por el vecino, vi mi cuerpo envuelto en una sábana blanca.

Ecós

*“Hay muchas palabras en el mundo,
pero pocos ecos”.*
(Goethe)

Algunas sensaciones emergen cada vez que Mercedes se sienta al piano y toca sus melodías, sus vibraciones recónditas, expresando jirones del inconsciente, notas que casi siempre contienen más sentimientos y emociones de las que yo puedo comprender. Hay una diferencia clara entre Mercedes-palabra, Mercedes-mujer y Mercedes-piano, una Mercedes-melancolía cuyas notas son consecuencia de su mirada, su introspección. De todas, la Mercedes-piano es la más completa, siempre entera, siempre verdadera por las diferentes interpretaciones que la música permite, de todos modos desnuda pero, desde mi perspectiva, preservaba su intimidad, inaccesible, inviolable.

Siempre la observaba desde mi butaca, un poco incomodado por ese mundo de Mercedes-piano donde nada me era revelado claramente, atento a los mínimos detalles, efecto de mi indelicada costumbre de fijarme en los gestos más discretos de las personas, como si el mensaje de los pormenores más sencillos revelase el mismo contenido secreto que palabras no pronunciadas.

«El problema es que vos no te dejás llevar por la música», me explicaba desde el principio, hablaba de entrega, de pasillos, de libertades desatadas, de verdades intrusas, de existencias disimuladas, en realidad en algún momento ya me había dado cuenta. «Al instante que la música trata de revelarte algo, vos la intentás atrapar, aspirás detenerme, es tu egoísmo. La clave está justamente en lo opuesto, comprenderías si te permitieras». Cómo me gustaría decirle que no, que ya el silencio que antecedió la primera nota me aceleraba el corazón, que sus ecos eran verticales, saltaban sobre profundas grietas, que sus acordes proyectaban palabras-malabares para que entonces, en algún inequívoco momento, su mirada profana, su primera desnudez, su suplica me devolvían mis posibles frases caídas por el suelo delante de mi incontrolable ansiedad.

Me había acostumbrado a aprovechar sus excursiones por el piano para afinar mi percepción y adentrar a una especie de ambiente interior propicio para escribir. Pese a que necesito de total silencio para hacerlo, me gusta activar mi mente con recursos externos, el vino, los fagos, las fumarolas, el piano y la figura de Mercedes, argumentos combinados que forman una nube de ideas a las cuales trataría de acceder posteriormente, cuando el silencio interpreta hallazgos inconscientes.

Tengo una cierta metodología al escribir, mis bocetos de cuentos tienen una estructura e intento limitar las opciones del desenlace para no perderme por caminos

condenados a la nada. Pero hay excepciones. Recuerdo que hace un par de meses Mercedes interpretó una composición de cuño lastimoso que transporté hacia mi hoja blanca sobre la cual traté de desarrollar el esbozo. La idea inspirada por sus notas era pura intuición, no contemplaba estructuras, formas ni esquemas literarios, simplemente era un sentimiento en formación, ilimitado, que nacía de la íntima fuerza de existir, de su naturaleza de expresarse, de volver realidad. Entonces escribí ignorando la siguiente palabra, como si cada nuevo vocablo revelase el secreto de un instante, incógnitas abiertas por las frases. En medio de esa actividad casi febril, solapadamente me di cuenta de que escribía sobre ella, sin final intuido, retratando un personaje vivo que no sabía dónde existía.

Desde aquel día tuve la asfixiante convicción de que Mercedes tocaba para mí, que sus notas e interpretaciones eran cómplices mudas que comandaban el cuento y de esa manera conocí a otra mujer que se fundía con la actual, un sudor frío, separadas por la tenue franja de mi torpe intento de controlar su metamorfosis (no sé por qué pensé que podía controlar los cambios). El personaje (le puse el nombre de Beatriz, más por miedo que por convicción, luchando con mis dedos que sobre el teclado me querían decir otra verdad...) estaba angustiado, quizás debido a la milonga que lo había creado, y vivía en una época remota, usaba vestidos sencillos cubiertos de polvo, el pelo atado, un poco diferente a Mercedes pero hecha de la misma cepa encantadora, tentadora, manejaba con gracia sus herramientas, que moldaban las piedras que su labor transformaba en esculturas que seducían, cuerpos viriles por un lado, mujeres desnudas y anhelantes por otro.

En el cuento que yo desarrollaba en paralelo, se juntaban otros elementos, dentro los ellos su marido, bastante mayor, de articulaciones tiesas por la artritis y los pulmones llenos de polvo que hacían de cada respiración una breve salvación quejumbrosa. Proporcionalmente a su senectud crecía su desconfianza hacia su mujer, principalmente por conocer los caminos entrecortados entre el arte y la sensualidad, adornada por la riqueza de metáforas y de mensajes subliminales que solía existir entre los artistas (¿no ha sido así que me acerqué a Mercedes?), principalmente entre aquellos que frecuentaban su atelier o ambientes vanguardistas donde los poemas, las miradas, la música, las risas, las pinturas, el vino, el opio, la insinuación, las escaleras, los jadeos...

—A veces siento que no debo firmar mis poemas —le decía un joven atractivo en un sarao de entonces—. Me siento como usurpador de obras ajenas, de un mundo de inspiración.

—A lo mejor esa frase tampoco es tuya —le contestó Beatriz con cierta picardía—. De mis esculturas afirmo que soy dueña, son combinaciones de mis dualidades, lo suave con lo tieso, lo fuerte con lo blando, la piedra con el sentimiento, el pensamiento con la forma. Constituyen partes de mi realidad pero la inspiración viene del todo, de algo todavía desconocido, entero, quién sabe ajeno. Los equilibrios, ya sabe usted....

—Entiendo como equilibrio un alma inmortal, menos materialista, más urgente, esencialmente entera —le devolvía el poeta mirándola profundamente en sus ojos color miel, antes que el marido volviese con las bebidas y sus evidentes celos.

Al fondo las blancas manos de Mercedes tocaban añoranzas, mientras repantigado en mi butaca seguía fumando, mis fumarolas y sus diferentes dibujos, igual que nuestras mentes, construían, intuían, deshacían, formaban sospechas, impresiones rápidas que no lográbamos registrar, voces al oído que no alcanzábamos a escuchar, olores fortuito que no reconocíamos, nuestros nombres olvidados.

El cuento se desenvolvía de dos formas. Una se abría con Mercedes-piano, sus notas rompían la caja negra de pensamientos donde los flashes y las sensaciones provocaban aquel ímpetu casi incontrolable de traducirlas en letras. La otra se infiltraba paralelamente en mi cotidiano donde imaginaba posibles puentes erigidos por Mercedes, miradas perdidas, ademanes ausentes, timbres de voz que inconscientemente me remetían a las similitudes del mundo de Beatriz coqueta y de su universo de fantasías en el cual no me sentía involucrado.

—¿Nunca pensaste en componer? —le pregunté.

—No, ya me satisfacen las ambigüedades y las alternativas de la interpretación. Sin embargo, una vez he soñado con una composición muy linda de la cual me olvidé al amanecer —me contestó cómo buscando vestigios en su memoria.

—Qué lástima —le respondí mirándola de soslayo.

—No importa, querido. La música existe en alguna dimensión y alguien algún día la va componer —concluyó con su tajante lógica insensata que la catapultaba a ese mundo donde dejaba de ser Mercedes, *mi* Mercedes, para ser cada vez más Beatriz y donde los poetas ahora eran mis fantasmas.

La Beatriz del cuento me consumía interiormente, hasta el borde de mi autocontrol y cada vez más las asociaba y las fundía en mí mente. Fastidiado, creía que Mercedes disimulaba sus anhelos oscuros mientras vivía su rutina de cónyuge y satisfacía algunos caprichos míos tales como traerme el mate a la hora que escribía, de acariñarme el pelo antes de dormir y de escucharme con atención a la hora que le leía un nuevo cuento en

formación. Me irritaba su cinismo, hacía las cosas como si yo no supiese que su postura delante del poeta seguía viva, los disimulados cortejos recíprocos, su búsqueda por nuevos mundos después de haberse aprovechado de la influencia y del prestigio de su viejo marido que la introdujo al mundo del arte. De nada le servían sus femeninas retóricas si cada vez que volvía al piano se escapaba a su mundo de manzana mordida. Lo notaba en su lenguaje corporal, no movía solamente los dedos, pero a todo su cuerpo, insinuante, como si el banquillo fuese los muslos de un joven bardo, notas que dibujaban su lánguida desnudez. Tocaba con los ojos cerrados, se entregaba sin pudor al magnetismo de aquel momento.

Toda vez que tocaba Mercedes el sarao del cuento volvía a mi imaginación. Su marido claramente no podía resistir el cansancio, en parte ocasionado por las exageraciones de los narcóticos a los cuales no recusaba por no querer pasar por viejo, sobre todo porque la juventud de Beatriz y de otros presentes buscaba otros límites. Incapaz de resistir a la fatiga tuvo que ceder al acoso de Morfeo en una butaca desde donde certificaba que tuviera acceso visual directo a Beatriz por si acaso un aviso oculto lo despertase.

Al certificarse del sueño de su viejo marido, Beatriz reanudaba su charla inclinando ligeramente su cuerpo hacia el poeta.

—La piedra es inmortal, querido poeta, las esculturas son obras hechas simplemente con el primer oxígeno de la inspiración inicial, el principio completo que al final suelta todos sus sentimientos descubiertos y lapidados en una espiración humanamente profunda, dándole un aura a la obra, soplo de vida eternamente vinculado, obra y creador, algo irrevocablemente incondicional —le comentaba entre escote, con ojos brillantes por el vino, el asunto y la cercanía.

—La piedra, a diferencia de un poema en formación, no admite finales diferentes, tentativas o variantes, sino que necesita una definición eterna que tiene que acompañarla desde el comienzo, a veces disimuladamente o en el subconsciente, pero que a la hora correcta se incorpora y se manifiesta con tamaña fuerza, haciéndose mano, herramienta y martillo, golpeando definitivamente, surgiendo detrás de tu mente y del corazón por un sendero largo, profundo, a veces penoso, verdades de un auto retrato. Así nacimos —le devolvía sonriendo el poeta, rozándole suavemente las manos.

—Son bifurcaciones a las cuales llegamos después de quemar nuestras últimas garantías, cuando se decide que avanzar importa más que todo lo que se deja atrás. Así renacimos —contestaba Beatriz, sus labios carmín.

Los sentimientos y sus maneras de expresarse fluían naturalmente, sentían íntimas sorpresas, hacían de la incertidumbre, de lo inesperado, del próximo segundo, del siguiente acto, una sensación placentera al borde de la fantasía, inversión de valores que la vida devolverá en su momento oportuno ya que no se les pasaba por la mente resistir.

Mercedes toca inocentemente y se va, me deja indefenso frente al boceto del cuento cerrado silenciosamente vivo en el cajón de mi escritorio. Me pregunto si ella lo extraña, al poeta. Lo indago porque lo he enterrado y lo dejaré inmóvil dentro de mí. Hoy mis palabras buscan otra expresión, otras consecuencias que los ojos brillantes de lujuria y de seducción, de mi tonta vanidad y de mi promiscuidad. Pero en algún momento sé que sus efectos poco a poco están volviendo, lecciones del ayer, traídas por el atormentado sueño del viejo en su butaca y su angustiada mirada al despertar, para que yo lo sufra de la misma manera, un boomerang que he tirado lejos.

El único capaz de interceptarlo será el viejo y lo recuerdo cada vez que Mercedes-piano se me escapa a su mundo íntimo, inaccesible, donde se enamora, donde quizás traiciona, o donde a lo mejor también pide perdón. Envejecido interiormente por los remordimientos y por los celos que tanto me cuesta controlar, pruebo de mi veneno y busco la reconciliación, adormilado por las notas, sentado en la butaca de tal manera que la puedo observar, a la espera de otro afligido aviso oculto a sacudirme el cuerpo o tal vez, del libertador final de cuento en el cual decida perdonarme.

Nota del autor:

Apometria:

*El término apometria viene del griego **Apó** –preposición que significa «más allá de, fuera de», y **Metron**, relativo a medida. Representa la clásica división entre el cuerpo físico y los cuerpos astrales (o mentales) del ser humano. Es, en esencia, la separación de estos componentes, inducida por pulsos energéticos dirigidos.*

La receta

“Llego a llorar, manso de tristeza.
Luego me levanto y empiezo de nuevo”.
(Clarice Lispector)

Había días en los cuales los minutos me parecían eternos, algo que desconfiaba ser obra de mis pensamientos reticentes, cargados de incertidumbres. Evitaba especular sobre el futuro, trataba de vencer a ese día, al siguiente y a los demás, pero la falta de perspectiva a veces me paralizaba, dilataba cada nuevo segundo, y qué decir de una taza de café en algún lugar de la mañana vacía donde no molestara a Silvia, tan ocupada con las tareas de la casa.

Estaba desempleado ya hacía algunos meses, consciente de que a los cincuenta y seis años las posibilidades de volver a la activa parecían remotas. La experiencia valía menos que la energía arrojada de jóvenes ambiciosos, conectados a mundos virtuales. A cada negativa relacionada a mis intentos de buscar trabajo regresaba por caminos indirectos a mi casa, que entonces me parecía un poco más grande, *dilatación material*, «¿o será mi cuerpo que se achicó?», *dilatación reversa*, quizás andaba ligeramente encorvado, *dilatación de perspectiva*, mi tono de voz decrecía, *acoustic expansion*, «¿por qué diablos los sajones le han metido la o antes de la u?», *dilatación existencial desmpleada*.

Al principio intenté hacerme fuerte, era hora de cuidar un poco más la salud, de disfrutar de la familia, estaba el seguro desempleo y conocía a unas cuantas personas que ciertamente me ayudarían a reubicarme en un nuevo trabajo. Luego encontré mis huecos llenados de aquello que intentaba evitar, pero mis lamentos me salían de la boca como lagartijas hambrientas por la noche, «todo ha empezado cuando fusionaron la empresa con los gringos», me quejaba desde mis grietas. «Se ha perdido ese ambiente familiar, ya lo sabés... », mis ojos grandes buscaban las presas (¿me escuchó de verdad el *flaco Sosa*?), «por eso el país está donde está, ¿te das cuenta que ahora solo se dice *feedback*, *meeting*, *fast food*, y nosotros matándonos para que al final ellos *kick your traste*?», finalizaba con mi adherencia vertical, tragando con mi lengua voraz otro insecto de la amargura, y después dicen que nosotras, las lagartijas, traemos buena suerte...

Empecé a ayudarla a Silvia con las tareas domésticas, principalmente las que eran cosas de hombres (ironía machista), como sacar los muebles del lugar (columna), barrer el lado exterior de la casa (hombro y columna, mala postura), devolver los muebles a su lugar (columna y ahora también los pulsos, mala postura) y por fin coleccionar los excrementos del perro con la voz de Eduardo Moreno de radio Metropól de fondo pasando

una nueva receta de tortillas pese a que Silvia le recriminaba (mala postura) que ya se la sabía de memoria.

—Mario, mi amor, la ropa ya está en la lavadora, nuestro cuarto está arreglado, los baños, incluso los de los chicos están limpios, el almuerzo solo hay que calentarlo — «columna, hombros, pulsos, mente, brazos, piernas, cuello», pensaba yo—. Aprovecho que estoy adelantada y voy hacia el mercado para prepararnos un postre, ¿quieres venir conmigo?

«Papas peladas y laminadas, cebollas, huevos y sal a gusto», agregaba Eduardo Moreno, seguro que el flaco Sosa no escuchó de verdad ninguno de mis lamentos.

—No, mi amor, andá vos que yo iré arreglar la antena, ¿te acordás que por la tormenta de ayer la imagen...? —contesté seguro de que mis ademanes y mi expresión completaban la frase.

Lo de la antena era una decisión que tomaba objetivando ahorrar plata, en realidad no tenía idea de cómo funcionaba pero me imaginaba que al final, si tuviera suerte, no sería una cuestión más allá de un soporte desatornillado o un cable suelto, «*mi hijo es ingeniero*», solía decir mamá, ¡*engineer!* La escalera de madera no era un portento de solidez, pero calculé que había poco riesgo, algunas herramientas en el bolsillo, cinta aislante, el sol fuerte doblaba el cielo, dibujaba con sombra la escalera en la pared, formaba perfectas rejas, cada escalón me iba encarcelando, *dilatación de consciencia*, mientras el sudor salado formaba gotitas en mi frente, hasta que un empujón (hombros y pulso) me sacaba de la prisión y me alzaba hacia la inclinación del tejado en cuya cima relucía soberanamente la antena.

El problema del dicho aparato captador de olas invisibles podrían ser realmente los cables que parecían estar pelados por algunos dientes afilados de ratoncitos. Como solía hacer, decidí utilizarme de una metodología de mi antiguo trabajo (antes de la llegada de los gringos), así que empecé a pelar los cuatro cables y sus respectivos pares para luego juntar los cobres y atarlos con la cinta aislante. La cara desinteresada del perro acostado sobre el césped demostraba que se trataba de un trabajo simple, ahora era solamente una cuestión de conectar el *left plug* en el *receiver made in* país lejano, enchufar el *S-cable* en una de las tres tomas que ya no sabía muy bien cuál era, mientras las letritas un poco gastadas al lado del *receiver* informaban algo que decía *do not touch, for use with information*, no sería para tanto, al fin y al cabo no quedaba ningún cable suelto.

Descendí por la cárcel bajo la mirada impávida del perro, una rápida inspección hacia la tele en la que se veía una monstruosa lluvia de puntitos grises y negros, sería tema de algún cable invertido, nueva subida por la cárcel destorcida del sudor, la inmovible y desgraciada antena, «¿dónde diablos he dejado la cinta aislante? A lo mejor ese no era el cable del *input*, ¿y si trato simplemente de girar la antena hacia otro lado?», el sudor, el sol, los puntitos negros y grises, un paso en falso, desequilibrante, el camino inevitable por las tejas que se quebraban, la adherencia de lagartija que resultaba ser una ilusión, una fortuita mirada a la cárcel de sombra por la cual pasaba un cuerpo volando, el perro sin entender, el impacto sobre el césped, *fragile, this side up*.

Todo era una cuestión de perspectiva, hace poco observaba parte del barrio desde arriba, mar de tejados, calles arboladas, gente caminando. Algunos segundos después me adentraba en un mundo denso, aparentemente caótico, entrañable en el que maravillado contemplaba la fantástica dedicación de las hormigas. Inmóvil sobre el césped vi como una obrera, que se zafó por cuestión de centímetros, salía apresurada para encontrar a una de sus, digamos, «hermanas», y rozándole las antenas le pasaba un mensaje que algún hechizo de fábulas me hacía entender perfectamente.

—Mario se ha estrellado en el suelo, cerca de la zona 1, cortando las rutas 4 y 8.

—¿Pero por qué se ha metido este a arreglar la antena? *Unbelievable...* — contestó la hermana meneando las antenas negativamente.

—Hay que avisarles a las demás —insistió la primera.

—Yo me encargo de hacerlo, no te preocupés. Marcaré el camino crítico con una dosis extra de feromonas para avisarles sobre Mario y el perro que anda nervioso — respondió mientras regurgitaba su vuelta hacia el hormiguero.

—Ok, que Dios te proteja de las patas del perro. ¡Y que nuestra Reina ponga huevos!

—¡Que nuestra Reina ponga huevos! —se despidió la mensajera con su último roce de antena (esas sí que funcionaban), *message output*.

No sé si lo que me sacó de la fábula fue la lengua del perro o el grito de Silvia, repleta de puntitos negros y grises.

—¡Mario, habla conmigo, Mario! —me gritaba y yo pensaba que estaba afligida.

—Tengo que poner más huevo —contesté confuso antes de certificarme de los daños físicos.

Sin plan de salud privativo, Silvia, preocupada, me llevó al hospital público donde me atendieron después de tres horas y algunos analgésicos. Al salir del consultorio dudé

por primera vez del futuro, de mis verdaderas posibilidades y aunque me decía que la personalidad de una persona no se podía definir por un empleo, me sentí como una caricatura enyesada. Algo se seguía perdiendo, consumiéndome poco a poco, no sabía por dónde se me escapaba pero estaba determinado a encontrar el camino, quizás algún ángel hormiga me lo indicaría.

Pero el cambio definitivo vino una calurosa noche de diciembre mientras Silvia preparaba una tarta de pollo especial, de las que eran famosas en el barrio. Ya había notado un cierto brillo diferente en sus ojos, me miraba solapadamente, como si estuviese esperando el momento cierto para hablarme. No tardó mucho en contarme que el cuñado de Pepe, el del quisco de la esquina, buscaba una secretaria porque la actual se iba a vivir a los Estados Unidos, «me parece que era Chicago, Mario, pero no estoy segura.» Que se trataba de un buen sueldo además de otros beneficios que la empresa otorgaba, que le había explicado a Pepe que hace tiempo no trabajaba en una empresa, que se había dedicado por años a cuidar de la casa, «y de nuestros hijos, mi amor, sin embargo Pepe me dijo que eso seguramente no sería ningún problema, que el cuñado era buena onda pero, ¿te parece que ya están crecidos los hijos?»

Sentía el latido de mi corazón, la sorpresa y la inseguridad de mi propia mirada, el torrente de pensamientos desordenados que golpeaban en zonas crudas de mi mente, desempleado y ahora costado por mi mujer, blanco certero de comentarios jocosos de amigos, «ahí viene Mario Delantal, ¿subió el precio de los huevos en el súper?» Mis sentimientos todavía emergían y al distinguir de reojo las sombras que hace rato se manifestaban en pensamientos desalentados, me apresuré en contestarla:

—Lo deberías intentar Silvia. No te preocupés por los hijos, los cuidaré yo, igual ya nos ayudan. Poco a poco aprenderé las tareas del hogar, por lo menos hasta que vuelva a trabajar.

Para mí tiene que ser de esa manera. Necesito decir las cosas, hay una gran diferencia entre palabras pensadas y habladas. Cuando pronunciadas, se agrandan y agarran mi orgullo por los huevos (\$1,80 pesos la docena), añaden el peso de la promesa, la palabra equivale a una comprobación de valor, por lo menos antes de que vendiesen la empresa a los gringos. Reconozco que ese método también es una cierta trampilla y que yo suelo utilizarla justamente en aquellos momentos en que el angelito me dice que hay que ser humilde, que hay que alentar, mientras el diablito me venía con *¿are you nuts? ¡You are the hombre de la casa!*

—¿Estás seguro, mi amor? Pepe me dijo que mañana mismo podría hablar con su cuñado. ¿Te parece que podemos? —me cuestionaba Silvia con un cierto alivio y emoción, en sus ojos encontraba una pizca de gratitud y de piedad que no me hicieron daño.

—Sí, se puede —le contesté con un abrazo que sinceramente contenía un género de amor que resurgía desde algún rincón de mi corazón, junto con una admiración hacia su espíritu guerrero de sacar esa vida adelante, a mi lado. Asimismo, también sentí acercarse algo parecido a una posible humillación y una especie de hora de la verdad.

Tardé casi tres semanas en adaptarme al nuevo ritmo, despertarme temprano para preparar el desayuno de los chicos y de Silvia, restringiendo un poco el riesgo de ensuciar su ropa del trabajo. Mientras los demás desayunaban, me fijaba si se alimentaban bien, *«es que lo escucho en la radio, a los jueves con Dr. Maldonado, ¡frutas y fibras!»*. Cuando el ahora «coche de Silvia» doblaba la esquina, o ya separaba las ropas blancas de las coloridas, había que aprovechar el buen tiempo para lavarlas. En la pared todavía estaba pegado el papelito de mi mujer con el paso a paso de cómo prender la lavadora, las temperaturas y los programas aunque casi no hacía falta, solamente una miradita por si acaso. Simultáneamente con mi café y cigarrillo, que Silvia no dejaba faltar, y antes de elegir entre música o radio, solía limpiar la cocina en total silencio. Era un momento mío, la hora de algún pensamiento, de una oración espontánea (las dificultades despertaban mi lado creyente), de preguntas que intentaba formularme, de humores e impresiones, un termómetro del día, mezcla de humos, café y tabaco y la mirada comprensiva de Sultán, el perro compañero, testigo de mi caída y de mi intento de levantarme.

Luego empecé a hablar con el perro, al inicio sobre cosas triviales, tales como huesos, paseos y avisos de no tocar las plantas pero, con el pasar de los días, pasamos a asuntos más metafísicos, como el comentario de la oyente (Sra. Nívea, de Mataderos) en el programa de Eduardo Moreno que nos advertía que el galán Marcio debería abrir bien los ojos porque estaba segura que la dulce protagonista Cora era en realidad una loba en piel de oveja, la telenovela de la tarde. A mí, Cora tampoco me había caído bien, una cuestión de intuición, notaba con curiosidad que esa raramente me fallaba. *«¿Habré llegado al punto de desarrollar el famoso sexto sentido femenino, Sultán?»*, me pregunté parando por un segundo el movimiento de la escoba. Eso todo me parecía un poco raro, se trataba de un cambio bastante radical pero notaba que las tareas domésticas me modificaban los pensamientos, analizaba cosas desde un lugar en el cual nunca había

estado antes, sentía que mis cavilaciones como que establecían un diálogo con la casa. Conmigo mismo. No estaba solo.

Pasadas un par de semanas decidí analizar a mi familia como un negocio, o sea, a mis hijos y mi mujer como clientes, puesto que según los procedimientos del *marketing* (no se me ocurre la palabra en castellano), tendría que entenderlos para satisfacerlos, dedicar más atención a cada gesto y a cada palabra, algo que, confesadamente, nunca había hecho antes. Lentamente callaba sin ausentarme, escuchaba a los demás y más tarde, cuando a solas volvía a las tareas de la casa, algún detalle se acentuaba, los rostros, timbres de voz, ademanes y costumbres, o quizás carencias y sueños. «Tengo que entender los sentimientos y las emociones, inclusive los míos».

—Apresúrense queridos oyentes, busquen papel y birome que la receta de hoy es de una versión criolla de la tarta de pollo *light* —me interrumpía Eduardo.

—¿*Light*? No me vengas con pavadas, Eduardo —le devolvía de inmediato.

Mientras barría, me pareció que tal vez mi hijo Fabián no tenía aptitud para la ingeniería (idea suelta, ¿de dónde venía?), que preferiría seguir otra carrera, pero creía que no tenía coraje de decírmelo. Notaba que Carolina estaba un poco vanidosa y se fastidiaba por ya no tener condiciones financieras como para hacer los mismos programas que sus amigas. «*Quizás me desprecia (¡achaque!). Dios, ayúdame por favor...*» seguía cavilando, mirada vacía, escoba inmóvil en algún movimiento congelado.

—...y después de cuarenta minutos en el horno, está listo. Mis queridas amigas, esa receta exquisita es más fácil que la tabla del uno —finalizaba Eduardo.

—*Che*, Eduardo, no tenés idea de lo que es la inspirada tarta de pollo de Silvia. Es un manjar de dioses, una cuestión de sentimiento (realmente, estoy desarrollando características sensibles), ¡el sabor de la vida depende de quien la condimenta!

Hasta Sultán parecía no llevarme en serio. La verdad era que yo había perdido intensidad de sentimientos, dándole lugar a recriminaciones, dudas, amarguras y la falta de confianza en mí, en mis posibilidades, no tenía ni planes ni iniciativas, mucho menos convicciones. Mis creencias se diluían en días tibios. Com ya había adelantado gran parte de mis tareas domésticas, tomé la plata que Silvia había dejado sobre el mostrador y decidí irme a la panadería del *flaco* Sosa a comprar un atado de cigarrillos. Al adentrar, reconocí de golpe una voz por los parlantes y con mirada jocosa me dirigí al *Flaco*:

—¿No me digas que también te gusta Eduardo Moreno, *flaquito*?

—Y bueno, aparte de que es hinchado de Racing, es el mejor profesional de la radio. Para mí, primero está Eduardo y segundo Moreno, ¡ja!

—De acuerdo, *flaco*, pero las recetas esas están bastante más o menos, ¿eh? — observé con mi manera crítica.

—Por favor, Mario, ¿qué decís? La del pastel de carne, ¡excelente! La del viernes pasado, puchero mixto, cosa exquisita. ¿Y qué decir de la tarta de pollo de hoy? — señalaba el *flaco* humedeciéndose los labios.

—Es un vendehúmos, ¡hasta las alcachofas tienen corazón! Ni le llega ni a los pies da la torta de Silvia, incluso te la preparo yo, con la mano izquierda y de ojos cerrados.

—No me jodás, *chef* Marito, no te hagas el canchero. ¿Qué te pasa, la caída de la escalera todavía te pasa factura? Hagamos lo siguiente: traéme una y si sabe a gloria como decís, la vendo aquí en mi establecimiento, hacéme el favor...—me contestó por fin estrechándome la mano, pacto sellado.

Mientras volvía caminando, pensé que tal vez la propuesta del flaco Sosa pudiese ser de hecho una oportunidad, que si Silvia tuviese paciencia para enseñarme sus secretos quizás pudiese sorprender. Además, el edículo estaba vacío y un horno industrial encajaría en nuestro presupuesto, especialmente ahora que Silvia tenía trabajo.

—Pero que flor de imbécil sos, desempleado y ahora soñando en ser el abuelito de la cocina, ¡qué chiste más patético, *chef*! —creí haber escuchado, voces que me llegaban con más frecuencia y que me querían deprimir y desacreditar. Algo me decía que necesitaba más temple, más resistencia, que la depresión me miraba agazapada, que era hora de reaccionar, que yo necesitaba ayudarme para que los cielos me pudiesen dar una mano.

Por las noches, mientras Silvia pacientemente me mostraba las claves de una estupenda tarta de pollo, aprovechaba el buen ambiente generado por una nueva y quizás torpe perspectiva para charlar con Carolina, que se juntaba animada e investigaba recetas alternativas en su celular. Le comenté francamente sobre las dificultades que encontraba con mi situación de desempleado, sobre mis cambios de valores y que de ninguna manera había abdicado de mis sueños y de mi lucha por salir de esa condición. Discutí sobre los prejuicios que pasé a enfrentar, algunos velados, otros directos, todos motivados por apariencias y precipitaciones, sin empatía. Ella era la primera en probar mis tartas y pasó a mirarme de manera diferente, algo que me generaba alivio y ternura. Fabían a menudo escuchaba a las conversaciones sin entrometerse al principio y gradualmente agregaba de una manera sorprendente algunos pensamientos de corrientes de filosofía y de psicología, temas que cada vez más le interesaban y tan opuestos a la ingeniería.

Sentía que la nube negra, que se había detenido en especial sobre mi cabeza, lentamente se movía, poco a poco volvían las sonrisas, sobre todo cuando Carolina le contó a su hermano que recién había flagrado a mí y a Silvia en un apasionado beso en el cuartito de la lavandería.

La tarta piloto la preparé solo de principio a fin, bajo la mirada atenta de Silvia que pocas veces tuvo que intervenir. Al día siguiente miré mi obra prima en silencio, pasmado, en mi momento de café, cigarrillo, humo, Sultán y paz matinal. ¡Estaba linda! «*Una tarta metáfora, las vueltas que la vida da. Es que a veces le toca a uno y que le vamos hacer. Los gringos tenían que decidir por uno, ¿qué pasaría si eligiesen al Turco, con su mujer enferma en estado de desesperación?*». Dios sabe lo que hace.

—¡*Flaco Sosa*, preparáte que te comerás la mejor tarta de tu vida! —dije mientras la embalaba pegándole el folleto personalizado por Carolina en la computadora, donde decía «Ing. Mario Cardoso – tartas saladas».

Seguía por la vereda con la tarta en manos y volvía a disfrutar de la sensación de poner mi vida en movimiento, de los primeros pasos, de volver a tener actitud porque sentía que la fe también es fruto del merecimiento y de la transformación íntima, de mi reveladora *dilatación espiritual*.

Escuchaba, por fin, otras voces. Y andaba con fe, de la que no suele fallar.

Líquida vida

*“Busque la satisfacción de ver morir
tus vicios ante tí”.*
(Sêneca)

Desde la primera vez que nos vimos buscamos establecer distancias, disimular la atracción de nuestros polos opuestos. Sin embargo, pensaba que me tocaba vivir algo importante y distinto, inconscientemente me sentía más emotivo, pese a ese ruido blanco que nos había alarmado a los dos. Pasados tres años estábamos casados y nuestras entregas nacían de la pasión, felices, éramos jóvenes confiados en el futuro, las dificultades nos habían acercado, en las buenas y en las malas existía ese romanticismo de las primeras conquistas alumbradas por un par de velas y por nuestros ojos felinos, un vino barato compartido en la cocina en la cual nos entregábamos por nuestras urgencias y por la ebriedad.

La hija que no habíamos planificado trajo los primeros cambios, nos quitaba algunas libertades y fascinaciones, reemplazadas por las necesidades del bebe, nuestro diálogo se resumía a pañales, muecas, papillas, su deseo disminuía, cada uno extrañaba silenciosamente una época que ya no volvería y parece que en ese instante todo empezó. No puedo precisar un hecho, una traición, una discusión más intensa de sentimientos explotados que quizás nos hubiera despertado, pero el silencio disimulado y creciente se infiltraba y nuestros egoísmos germinaban.

El primer impacto más concreto se dio en una reunión de amigas del colegio de Gloria, «las poderosas del año 97» donde celebraban los quince años de aquellos tiempos que no eran los míos. Me vestí de acuerdo con los ruegos de mi esposa, lo que significaba dejar mi nueva remera de Estudiantes de La Plata en el armario. En realidad me daba igual, sabía que el whisky que servirían hablaba inglés y era lo que me importaba para soportar los dilemas de porcelana de sus amigas y de los respectivos maridos engomados. Me era difícil entender el mundo femenino, tampoco tenía esa ambición, pero sentía que, aunque se trataban de manera cordial, había algo entre las amigas de la escuela que se escondía detrás de elogios y recuerdos de juventud desafiadora, sensibilidad que ni con la tercera dosis lograba resumir en una frase o palabra. De hecho me enteré al momento que estábamos otra vez en el auto rumbo a casa cuando su sonrisa, que segundos antes la despedía de las amigas, se desvaneció como por encanto. Ni bien doblamos la esquina verificó con ademanes tensos su maquillaje en el espejo del parasol y no pareció satisfecha.

—Además esa blusa azul celeste me deja más pálida, fue un error. ¿Viste que Daniela engordó?

Yo pacientemente meneaba afirmativamente la cabeza, sabía que me tocaría el rol de oyente, comentarios serían demasiado arriesgados.

—El segundo marido de Silvia está desempleado, las vueltas que el mundo da, me acuerdo que se jactaba de nosotras por pasar sus vacaciones esquiendo en Aspen, una creída...

Advertía que el brillo en los ojos de mi esposa cambiaba de acuerdo al aspecto de las personas que retrataba, en ningún momento se refirió a la alegría en encontrarlas después de todos esos años, ni examinó los diferentes rumbos que tomaron en sus vidas. Sospeché que en aquella tarde no importaban mucho mis valores o sueños como marido, sino lo que representaba, que estaba afeitado, que no hablé demasiado alto y que pudo vanagloriarse de mi carrera profesional «sí, sí, es un alto ejecutivo», exageraba fuertemente.

Aquella noche se fue dormir contrariada («me duele la cabeza, Alberto») y como tenía ganas de tomarme una dosis de coñac me quedé solo en el living pensando cuándo se le había acabado la fantasía, quizás junto con el embarazo que le transformó el cuerpo y la sacó de su mundo ideal. Me contaba que por las noches soñaba que flotaba en un mar oscuro, el agua tapando los ruidos, apenas escuchaba su respiración, a merced de la corriente, desconectada del mundo, sin ver dónde estaba ni hacia dónde iba, agotada, navegaba inmóvil en líquidas noches. No entendía su sueño esencialmente porque se creía una mujer dinámica que lograba rendir en el trabajo, ir al gimnasio para las clases de Pilates, encontrar a sus amigas una vez a la semana a tomar y fumar, cuidar de sus uñas y de su pelo, ir a la sesión con su psicóloga, darle un beso de buenas noches a la niña y leerle un cuento para otra vez hundirse en su cama, en su océano de aguas profundas.

Otro día me dijo que al abrir la heladera por la mañana notó cómo su mirada se perdía lentamente mientras buscaba su yogur natural que al cabo de unos segundos inmensurables ubicó al lado de una botella de vodka medio vacía («no lo puedo creer, ¿la abriste ayer?»). Ese pasajero instante la inundó con su mar de noche en pleno día, de repente la melancolía de aquella mañana le transmitió la sensación de vaguedad en todo lo que hacía, no sabía quién le había quitado su juventud, quién era el responsable por su situación actual, ojos apagados mirándose en el pálido espejo del ascensor de la empresa, séptimo piso, pasillo hasta el final, tercera mesa a la izquierda al lado de las flores de

plástico, credencial 27486, foto gastada por los años amarillentos, hasta las 18:30 horas, para finalizar junto a su psicóloga otra hora de soledad.

Empezaron entonces las pequeñas y mudas señales: una reunión de negocios que yo inventaba para poder pasar un rato en el boliche de Manolo, los partidos de fulbito, su psicóloga, su bolsa por la mañana que indicaba que ella iba al gimnasio, la luz de cabecera apagándose al mismo instante que yo entraba a nuestra casa con mis caramelos de menta, mientras el tiempo corría, relojes de la verdad, mensajes en papelitos sobre la mesa del desayuno, vueltas sin conclusiones.

Creo que en aquel entonces Gloria sufría de depresión. La sospecha se agrandó cuando una noche me esperó en la penumbra del living (creo que poca luz es una señal de depresión) y de manera dura y descontrolada sé que me buscó herir de cualquier manera.

—¿No te das cuenta Alberto? Todo tiene un límite y lo estás traspasando. Mirá la cuenta que la empleada se encontró en los bolsillos de tus pantalones: dos tequilas, cinco cervezas y dos ginebras, y para colmo ¡eran las cuatro de la tarde!

Estaba claro que algo le pasaba porque yo esa característica la heredé de mi familia, tengo mucho aguante, unos tragos no me afectan, incluso mejoran mis reflejos al volante, además me ayudan a relajar ya que la presión que soporto en el trabajo y también en esa casa con esos bruscos cambios de humor es fuerte, pero ¿cómo decírselo a alguien que atraviesa un claro bajón anímico?

—¿Pensás que no sé que escondés botellas en los armarios? A veces me pregunto si has cambiado tanto o si nunca fuiste el que yo pensaba que eras —siguió en su intento ciego de desahogarse.

Me mantuve firme, sus palabras no me afectaron, además yo estaba casi seguro que esas frases no eran tuyas, sonaban mucho más a las de la psicóloga que en realidad nunca me había caído bien. Se fue llorando a su cuarto después de hablarme de mi enfermedad, que sentía que no encontraba la manera de hablarme, de llegar a mi corazón, que notaba mi soledad, que había perdido la manera de emocionarme, no se acordaba de los atajos que la llevaban hacia mi corazón, más bien se veía arribando a un abismo solitario, consciente de que me podría perder, su verdad se revelaba delante de ella como su océano, tragaba agua salada en su mar de noche.

Mi respuesta fue un vasto silencio, creo que era la mejor opción cuando alguien estaba desorientado como ella, valía oro. Decidí entonces acostarme al lado de mi hija dormida, agarrada al oso que yo le había regalado en una tarde de buen humor, sin

mayores motivos y justamente por eso tan querido para ella, la espontaneidad es una de mis características. Sin embargo me desperté por la mañana con la sensación de angustia, precisaba controlar los malabares en el aire, la presión para mantenerlo todo atado, el trabajo, la concentración, los pensamientos, las debilidades, la fragilidad, de repente sudaba en el baño de la empresa, me soltaba el nudo de la corbata hasta que de mi bolsillo sacaba la botellita clandestina, la alternativa a que desesperadamente me acercaba cuanto más huía, el sabor del vodka y de mis lágrimas sin aliento.

Una tarde fui a darle una sorpresa a mi hija en el Kindergarten desde donde salimos a tomar helado. De regreso, ya cerca de casa, un chofer desatento no nos notó y al cambiar de carril nos chocó en el lateral. No fue nada, pero andá a explicarlo a Gloria bajo su nube negra, para ella fue la gota que derramó el vaso y debido a su estado lo que era un tema común de tránsito se transformó en otro análisis sobre límites, que hacerme daño era una cosa pero que involucrar a la hija era demasiada irresponsabilidad.

Mientras cerraba la valija antes que ambas volviesen a casa me acordé con disimulada sonrisa de nuestra primera cama conyugal, un simple colchón de soltero en el cual inventábamos, entre risas y riñas alegres, posiciones nuevas para dormir abrazados, la única manera que encontrábamos para compartirlo sin caer por el suelo. En el ascensor me di cuenta de que había llegado a lo más hondo posible sin tener argumentos, era una obra inacabada de vida, un mamarracho vencido. Gloria me dijo al teléfono que cuando volvió con nuestra hija a la casa vacía y silenciosa notó que mi ausencia no le trajo paz, que me extrañaba.

—La pobre no logra salir de su desazón, necesita urgentemente de ayuda pero no lo acepta— le dije en su boliche a Manolo, que insistió mucho con que yo tomase un taxi, no sabía que con el alcohol mis reflejos mejoran.

Gloria se preocupa mucho conmigo, la entiendo, las mujeres son más sensibles pero lo que ella no comprende es que insistir en que soy adicto no hará que yo regrese a nuestra casa (estoy seguro de que es esa su intención). Reconozco que por las mañanas me cuesta un poco levantarme, pero todo mejora con el chorrito de coñac que le echo al café debido al frío y así avanzo por el día y sigo rindiendo en el trabajo. Al fulbito lo abandoné, ya no aguanto correr mucho y el Cholo Aguirre me vino con una clase de advertencia, que los muchachos estaban un poco molestos, que yo puteaba demasiado y que jugaba ebrio, lo que claramente era pura envidia por mi zurda mágica y la verdad es que me hinchó las pelotas, los verdaderos amigos me esperaban en el boliche de Manolo que estaba a dos cuadras de mi nueva habitación. Es una sola pieza en el séptimo piso,

una cocina simple, sin velas, sin los ojos de Gloria. Acá vivo hace seis meses, a lo mejor siete u ocho, no existe el tiempo en mis días iguales que se licúan como hielo en mi vaso con scotch nacional. Hoy cuando regresé a casa y me asomé a la ventana vi el ennegrecido mar que de pronto me atraía, me fascinaba porque quizás abajo estaría Gloria flotando en su noche.

Salí hacia el balcón movido por mis ganas de verla, ya el agua encharcaba mis pies y me daba una sensación de mareo, la verdad es que la extrañaba, tenía ganas de dejarme caer y de oír a su dulce y blanda voz, sus cariños en mi pelo, «ya está bien, nosotras te queremos, queremos tu alma, queremos tu esencia, queremos tus ganas de mejorar y de amar». La oscuridad me confundía, mi corazón latía afligido, la noche me abrazaba, me incliné un poco para ver si la encontraba abajo, pero el mar estaba revuelto, las olas furiosas, «no quiero dormirme solo, Gloria», las lágrimas y el agua que subía y empezaba a tragarme, me amenazaba. No tuve otra alternativa que treparme a la barandilla del balcón y desde allá, ante la faz de mis miedos y tan frágil como mi equilibrio, lo entendí todo. Delante de mí vi el paso de la negra ilusión, vi al barquero de la muerte navegando por mi mar de alcohol y a mis espaldas avisté lejos un faro, la luz en la tormenta, la verdad que me libertaba y me tiraba de vuelta al balcón, los brazos abiertos de la sagrada vida que caminaba por sobre el agua y me decía «hombre de poca fe, no dudes».

El hijo

*“Todo lo que vive
es pulsación del sagrado”.*
(Rubem Alves)

Volví a sentir, por los portales del pasado, el pensamiento angustiado de Lucía al instante que abrió la invitación al matrimonio de Juan, uno de los que entendía por qué Valdés se había alejado. Era verdad que cada uno seguía su camino y que muchos habían cambiado, sobre todo Valdés, a quien esos últimos años desde aquel entonces no lograron quitarle la tristeza de su mirada, invariablemente había algo de perdido en ella o en el tono de sus palabras, algo que jamás volvería. Sabía que sería una ineludible ocasión para reunirlos, se evadían desde mi dolor, mi ahogado grito y el silencio de los muertos. «¡Pensátelo bien Valdés!», le decíamos Juan y yo, tratábamos de ganar tiempo.

Era cierto que antes estaban juntos, más casualmente que por convicción o sentimiento puro, era un contexto que ya se había estabilizado, los momentos compartidos eran divertidos, tenían algunas mentiras y barreras que no transponían, se movían al borde de sus apariencias. Valdés estaba resuelto a volver definitivamente a su país una vez terminados los estudios en la universidad, motivo que le hacía encarar este pasaje como una pieza de teatro, algunos actos con Lucía, estrella del modesto entorno pero disimuladamente fuera de planes para el cuadro final, regresar solo para tener delante de sí todas las opciones, entre las cuales las perspectivas de gozar de una vida libre, sin compromisos con nadie y una carrera por desarrollar en alguna empresa grande, un nuevo mundo a conquistar.

Ella aceptó el riesgo a partir del momento en que vio que sus risas le traían alivio, pensaba que en una de esas la pasión inicial podría acomodarse desapercibidamente, mostrarla así como era y abrir nuevas perspectivas para curar un poco sus carencias, como el divorcio de sus padres en plena adolescencia, la lejanía hacia su único hermano, y su posterior decisión de vivir sola en una residencia de estudiantes donde se recluía en su concha y extravasaba su alegría coqueta en jirones de inconstante juventud. Bailaba y todo giraba en sus altibajos de súbita euforia y rápida depresión, la necesidad de un puerto seguro al borde de sus límites, algo que le posibilitase dejarlo atrás, la prematura muerte de su padre en un ataque fulminante a comienzos de noviembre, los árboles desojados, esqueletos de una gris tarde atemporal.

En aquella época tenía veintiséis años, ya había vivido en diferentes países, trabajos temporarios, búsquedas anónimas por algo reconfortado, y ahora una nueva manera, la de Valdés, de ver la vida y la felicidad que se podría infiltrar como un hogar, un futuro que ella disimuladamente soñaba pese a la distancia que él instalaba, su silencio cuando le decía que lo quería, palabras evasivas de un porvenir. «Ya que no se habla de un futuro, ya que es abstracto me lo dibujo con todos los colores», decía sin buscar profundidades reveladoras, ignoraba signos, cansada y sin fuerzas para basarse en su entendimiento interior, de seguir enfrente por su cuenta, «mejor continuar a su lado, quién sabe más adelante me lleva a su tierra natal».

Supongo que era una cuenta que se cerraba dentro de la mentalidad de Valdés, desde las primeras semanas le había dicho que iba ver qué pasaba pero que no le prometía nada, satisfacían sus propios egoísmos, cuerpos pegados y sudados, él complacido de su necesidad viril y ella nutrida de ilusiones que la llevaban a entregarse, los momentos posteriores junto a su pecho a menudo la hacían imaginar una situación enlazada. A veces conjeturaban un vivir conjunto, él se vestía con un traje oscuro y ella con una ropa fina, fingían ser un ejecutivo y su mujer elegante, juntaban los últimos mangos para salir a cenar, se permitían vivir una fantasía que terminaba entre sábanas y con el collar de perlas truchas, el maquillaje y los tacones puestos. A Lucía le causaba gracia la facha de Valdés haciéndose el entendido al elegir un vino así como él se enorgullecía cuando ella pronunciaba los platos en italiano fluido, sin acento, políglota de huidas, escena segunda del acto tercero, tal como cuando vino la madre de Valdés y salieron a cenar juntos los tres. Él la había presentado por primera vez como su novia, detalle fundamental del mundo femenino, otro capítulo que la mantenía creyendo en algo futuro.

Iban por caminos distintos en una trama que él bien sabía cómo terminaría, en algún momento habría que dar el golpe final, pero todavía era demasiado temprano, se quedaría un par de años más en aquel país. Como ella hacía parte del mismo grupo de amigos, pretendía evitar líos así como oportunidades para que otros —oportunistas como le parecían Manuel y Oliveira— se aprovecharan y en una de esas le tomaran lo que era suyo. Por otro lado, no lograba frenar ciertos impulsos de Lucía, todo tenía su precio, hasta aquel momento había evitado que fuesen juntos a su tierra natal, al fin y al cabo eran sus vacaciones en las cuales quería mucho disfrutar de sus libertades, sus amistades y los contactos que siempre mantenía calientes. «Al diablo», se decía Valdés, «un hombre se merece disfrutar de las situaciones que se presentan», un olor, una mirada, una risa, la piel y los perfumes, estaba todo bien, «a su momento me acompañarás querida», silencio

corto que ya les hacía adivinar el final. Lo incómodo de la situación surgió cuando meses más tarde ella le mostró el pasaje aéreo hacia su ciudad, iba visitar una amiga por allá y seguramente visitaría a su madre y su hermana, infiltrándose lentamente en la estructura familiar, pequeños avances definitivos, hacía vista gruesa para algunas cosas («total los hombres tienen que vivir ciertas experiencias para un mayor sosiego futuro», decía) a cambio de adueñarse de un nuevo territorio del cual sería más difícil sacarla, así poco a poco él estaría más acostumbrado a la idea de una relación estable, sin sobresaltos.

—Hola mi amor, ¿adiviná desde dónde estoy hablando?»—escuchó desde el otro lado de la línea, ya se había dado cuenta por el identificador de que llamaba desde la casa de sus viejos, cómplices de risa amable y gestos correctos. La quería por un lado pero sentía que algo le incomodaba, había sido directo a su manera, «no puedo decir nada respecto del futuro Lucía», miradas escapatorias que deberían ser un alarma para ella, «no te tires de cabeza nena, quizás te faltará aire mientras te zambullís». Lo fastidiaba que ella no se tomaba las cosas a la ligera, divertirse por un rato, ir al cine o al museo, ver la presentación de jazz que daban en el teatro municipal, librar los temores en una batalla de cuerpos, «ya somos crecidos y vacunados, mañana veremos».

—Tu madre me dijo que me quedara en tu casa por unos días, dormiré en tu cuarto, hay una foto tuya cuando todavía eras chiquito, ayer conocí a tu amigo Alberto, vamos a salir mañana a tomar una cervecita, irá también mi amiga. ¿Sabés que me gustó mucho tu ciudad?

Ya lo había intentado una vez hacía unos meses, le decía que a lo mejor ella debería fijarse en otros tipos y que él, en su manera justa de pensar, especialmente por toda clase de sentimientos lindos que nutría por ella, muchas veces pensaba que lo correcto sería dejarla libre, no quitarle oportunidades de construir un futuro más concreto. Se lo exponía de una manera sincera y había elegido con precisión el momento. No sabía cómo lo hacía, pero tenía la capacidad de sentir cuándo había espacio para tales comentarios, lo suficiente para exteriorizar un pensamiento que le parecía entero, quitarle el peso de alimentar una ilusión en Lucía que pudiese causar daños futuros, pero suficientemente atada y cautivada para le contestara que no, que sabía en lo que se estaba metiendo. Se lo decía con ojos húmedos sin entender si era a causa de la sinceridad que la enternecía o si porque reconocía en el mensaje cifrado su vieja soledad, mejor dejaba la puerta entornada en vez de terriblemente abierta.

Fue en aquella época que todo pasó. Me habían avisado que se acercaría el momento, que aquella noche, mientras dormían juntos, nos reuniríamos todos para

proponer el ajuste. Yo estaba bastante receloso sobre el resultado de todo eso, uno no puede escapar de las leyes, nos toca a todos, y tarde o temprano tendremos que aclarar todo con nuestros enemigos y nada mejor que una relación de padres e hijos para asentar el perdón y los diversos conceptos de hermandad. Al principio estaban un poco sorprendidos con la propuesta, sobre todo por el momento y las circunstancias, pero al fin comprendimos que era el mejor camino y en consenso aceptamos ese nuevo reto, éramos todos adeudados. Siempre es así, nunca nacemos sin el consentimiento de todos, reiteradamente tenemos que ponernos de acuerdo y entender el porqué de esa nueva constelación, comprender que es una oportunidad de evolucionar, que estaremos siempre delante de nuestras vidas y actos, conduciéndonos a través del libre albedrío, era el momento de la fe que proveería lo demás, uno nunca estará solo. Respiramos hondo, nos dejaron a solas y al final nos despedimos entre los tres, un pacto para vivir, todavía nos encontrábamos un poco tensos.

Primero pensó que era algo normal, a veces no tenía los nervios controlados, además estaba irritada por otra discusión sin sentido con su hermano y todo eso al fin y al cabo terminaba por afectar las hormonas. En la siguiente semana se lo comentó a Marta, que con su manera práctica le dijo, para que no se moviera, que en cinco minutos regresaría de la farmacia con el test en manos.

—¡No tonta, nada que ver, dejálo así como está, será solamente una cuestión de mi sistema inmunológico! —Argumentó Lucia, pero de nada le sirvieron los tímidos intentos de disuadirla.

Encontrándose sola en su departamento evaluó la hipótesis y aparte del temor inicial, sentía que incluso podría ser todo muy lindo, la vi sonreír por un momento cuando pensaba en mí, por supuesto que no me notó a su lado. Aparte de su fe, las nociones sobre otras dimensiones no hacen parte de la cultura de aquellos parajes de primer mundo.

Parecía que aquel minuto no pasaba nunca, Marta miraba al reloj mientras Lucía se fijaba en el color de la tira, la confirmación de mi existencia vino acompañada de un temblor por todo el cuerpo de Lucía que, mientras su amiga la abrazaba, no sabía si sonreía o lloraba. Jamás olvidaré su corazón, estaba lindo, brillaba.

Tardó un par de días para contárselo a Valdés que se reveló bastante sorprendido con la situación.

—Hay que tomárselo con calma—, dijo primeramente y Lucía ya sospechaba que él tardaría un poco en acostumbrarse a la idea del embarazo. No esperaba ni exigía cualquier manifestación de alegría, de a poco ya se prepararía para la nueva realidad.

Salieron a pasear por la ciudad, a veces estar metido en la multitud era la mejor manera de aislarse y ganar distancia, el aire fresco del final del invierno servía para despabilarse y recuperar un poco el color en sus rostros. Después de un rato empezaron a animarse lentamente, vestirle el alma con el traje social y con el collar de perolas de plástico, disfraces de sentimientos, la simulada alameda de amor, si yo sería varón o una linda princesita, de cómo Lucía con su vestido de flores extendía la toalla del picnic en el parque, el aroma de las flores del campo y la introducción al batacazo, «ya veremos cómo lo haremos, no hay que precipitarse con la situación, las decisiones necesitan de más calma». Lucía y yo no sabíamos muy bien qué sentido dar a esta frase con gusto a dualidad y a coartada, el resto fue silencio.

No era un tipo que compartiera detalles de su vida con los demás, era más bien reservado, «¡*che*, uno tiene que estar atento a los lobos disfrazados de ovejas!», sin embargo, le tenía mucho aprecio a Juan que asumía una conducta siempre muy discreta y que ya le había inquirido si pasaba algo. La primera reacción que tuvo, después de un breve espanto, fue levantarse, buscar dos vasos y llenarlos de whisky escocés (el de los momentos especiales).

—¡A brindar por el futuro y a tomarlo como hombres de verdad, a lo cowboy! — dijo festivo.

Notábamos la mirada casi abochornada de Valdés que después del silencio que lo decía todo agregó que lo iba a proponer a Lucía.

—No es el momento y cuanto antes mejor, sin embargo, la decisión final es de ella.

Sabía que lo demás sería una variante de lo mismo, que encuentres un tipo mejor que yo, atada y cautivada, yo sé dónde me estoy metiendo, dejarte libre para construir un futuro, ¿adiviná desde dónde estoy llamando?, regresaba a su concha donde se encerraba en mi oscuridad más absoluta.

—¡Pensátelo bien Valdés, pensátelo! —, decíamos simultáneamente Juan y yo.

Como a las dos semanas en las que nadie nos pudo escuchar se dirigieron a la clínica clandestina del barrio chino, casi en las afueras de la ciudad. Yo estaba desesperado, me di cuenta de que ella estaba como anestesiada y con el corazón en sangre.

—¡Reaccioná! —, le clamaba. Ni siquiera ella entendía cómo había llegado a ese lugar. Sería tan viable cambiarlo, todavía estaba en sus manos, simplemente levantarse para nunca más volver.

—¡Que sea por tu propia cuenta, nada te faltará!

Le prometí que no la haría sufrir, pero de nada me sirvieron mis protestas agónicas. Entre llantos, sentí el primer pinchazo en mi minúsculo cuerpo, mezclándome con la sangre, golpe fatal, corriéndome entre contracciones y gritos conjuntos hacia el sucio inodoro del baño del fondo.

¡Ahí no guapo!

*“Ningún legado es tan rico
como la honestidad”.*
(William Shakespeare)

—Sr. Velásquez, sinceramente, ¿no le parece un puesto demasiado ambicioso para su poca experiencia? —le preguntó el presidente de la empresa en su última pregunta de aquella entrevista de trabajo.

—Creo que es usted quien tiene que contestármelo, Sr. García, es usted quien tiene que decidirse por uno de los candidatos —lo contradijo Velásquez. La interpelación le parecía un poco obvia, ¿qué esperaban que le fuese a contestar!—. Pero si construimos entre nosotros una relación en la cual tengamos libertad para debatir, si puedo sentarme con ustedes, presentarles alternativas para que tomemos las decisiones en consenso, estoy seguro de que no tendremos grandes problemas, ¿no es cierto? — puntuó, un poco incomodado por el saco y sobre todo por el nudo de la corbata que le apretaba la garganta.

Sin embargo logró observar la breve mirada que cruzaron García y León, ese cuya tarjeta de visitas decía CFO Financial Director, atento a la risa fácil y al humor de León que, de alguna manera, no combinaban con una especie de tensión en su cuerpo, en los ademanes, en las manos sudorosas y en la mirada nerviosa.

Ambos sonrieron discretamente y en ese momento Velásquez intuyó que el nuevo empleo sería suyo, era el más joven y justamente debido a eso el más barato de los candidatos. Lo que necesitaban comprobar era el carácter y la confianza, saber que dejaría sus puertas siempre abiertas hacia un diálogo y en eso se dio cuenta que ganó puntos, tuvo la sensación de que se quedaron con todo lo que necesitaban oír, sus convicciones. Ya que lo consideraban el menos cotizado para la tarea, por lo menos se daba el lujo de ser auténtico.

Estaba delante de una temprana realización profesional, representaba un paso largo, algo que le pudiese traer estabilidad financiera para los siguientes veinticinco años, sin mayores riesgos, la empresa invertía en lo personal y sabía reconocer el valor de cada empleado. Se había dado cuenta que en la revista ILF News Trimestral exponían el nombre y la respectiva foto de los funcionarios que cumplían diez y veinte años de servicios prestados, había incluso una foto de un señor de la fábrica que recibía un regalo de las manos del propio Sr. García.

La buena noticia vino acompañada de otros lujos, pasaría a viajar siempre de *Business Class* con posibilidades de *upgrade*, lavarían su nuevo auto semanalmente, almorzaría en un restaurant de comida exquisita en un apartado exclusivo de gerentes y directivos, un lugar donde las personas lo miraban con respeto en un mundo de decisiones, de risas fáciles, principalmente aquellos que una vez más se reían de un chiste que había contado el Sr. León. Velásquez buscaba cuanto antes adueñarse del cotidiano del trabajo para desarrollar discretamente una estrategia que pudiese diagnosticar y combatir las debilidades más grandes del departamento y reducir costos. «Los sorprenderé con un trabajo de gran potencial, limpio y claro, los involucraré en las decisiones iniciales para ganarles la confianza y mostrarles que estoy preparado».

No esperaba tardar tanto en concluir su estrategia, le decían que había gran dificultad en llegar a los números, el nuevo sistema de informática todavía no había sido instalado, por eso tuvieron que verificar proceso a proceso para calcular los costos y «todavía está el trabajo de cada día», le comentaba Eric, el de los ojos nerviosos y uno de los brazos derechos del Sr. León, el anterior responsable antes de la contratación de Velásquez. Cuando por fin, ya impaciente, pudo analizar meticulosamente los números del departamento, decidió basar su plan de ahorros en los principales proveedores donde verificaba concretas oportunidades. Hablaría con el Sr. García en la reunión de la tarde acerca de las buenas perspectivas, estaba animado.

—¡Ah sí, Velásquez!, sabemos que la empresa Fanex es responsable de uno de los principales costos de la empresa, pero es la única que está habilitada y autorizada a hacer estos trámites, están junto a nosotros desde la fundación de la empresa. Para cambiar de suministrador es necesaria una documentación de la matriz en Europa y desde allá nos señalaron que no quieren que cambiemos de proveedor, la relación es excelente. Olvídate de Fanex y concéntrate en el otro proyecto que mencionaste, el de las materias primas, me pareció muy bueno, es algo que realmente necesitamos, si sale conforme, a lo mejor lo presentaré en el *meeting* general, ¿qué te parece? Es tu momento y confiamos en vos, después hablamos y decíle por favor a mi secretaria que le llame al Sr. León, gracias.

«¡No es posible! —Pensaba Velásquez—. ¿Por qué nadie me lo había comentado? Al menos Eric debería haberme informado, en todo caso hablaré con la matriz, no es posible que no puedan flexibilizar una situación tan ventajosa para la ILF Chemicals». Durante la semana notaba algo distinto en la atmósfera de la empresa, sentía que algunos lo trataban diferente, expresiones faciales un poco menos neutrales, lo miraban casi imperceptiblemente de una manera más larga que antes. Una fracción de segundo en que

lo escudriñaban y en seguida se cruzaba con otros rostros y ojos que echaban un vistazo por esa misma fracción de tiempo de un modo más corto y nervioso, de alguna forma existía una sensible polarización. La sintió definitivamente cuando recibió el email de la matriz que le comunicaba que no había impedimentos con respecto a alternativas para Fanex, que bastaba presentar un sólido plan estratégico para obtener el visto bueno.

Pensó en diferentes alternativas, modos de barajar las pocas informaciones que contenían muchos huecos, al fin lo que de hecho registró fue que no se sentía más tan a gusto en los almuerzos y reuniones, tenía más dificultad en sonreír y notaba cómo se aislaba a sí mismo en aquel ambiente. No sabía qué esperar cuando se reunió nuevamente a solas con García y le dio, un poco menos entusiasmado, la noticia de que podrían seguir con el plan inicial de ahorros hacia Fanex.

—La verdad, mi hijo, y te lo digo para que lo entiendas y dejés de joder, es que tienen maneras propias, ¡vos sabés qué quilombo son aquellos trámites!, y nosotros siempre hemos creído en el país, en nuevas oportunidades de trabajo, invertimos. Todo tiene su precio, pero al Sr. León lo conozco hace mucho así como a los dueños de Fanex, uno era diputado de los antiguos. ¿Por qué no nos acompañás una vez a cenar, a comer bien, tomar un buen champán y relajar? Desarmate y aliviá un poco, che. Concentrate en otras cosas, estamos pasando un año muy bueno, con perspectivas positivas y vas muy bien pero te siento un poco distanciado, eso no es bueno.

Por navidad Velásquez estaba en la casa de su padre y le comentaba que justo al salir de la oficina vio cómo un empleado de Fanex le dejaba sobre el mostrador en su despacho una docena de botellas de whisky.

—De los buenos, papá, tendrías que verlo, fue la primera vez que vi un *Blue Label*, había unos casi artesanales. Sin embargo, lo que no me sale de la cabeza es la manera como el tipo me miró y principalmente su sonrisa, como si fuéramos cómplices, me sentí mal, viejo, las botellas las dejé en el despacho.

—Si te molestan, mi hijo, ya sabés que hacer.

«¡Por eso lo quiero a mi viejo, amigo de todos los tiempos!», pensaba delante del mostrador de su sala; imaginaba a quiénes podría alegrar la noche vieja con un regalito inesperado. Asumió desde entonces una postura más agresiva, sacaba pecho con palabras poco cuidadosas e ingenuas, se creaba un torpe antihéroe, había ese qué sé yo de «caso Fanex» en los bastidores de la empresa.

—Ni idea cómo se corrió el chisme —dijo Velásquez—, pero les digo a ustedes que alguien se está llevando la plata, caso contrario estamos delante de un equívoco financiero primario.

—¡Yo qué sé, Velásquez! —le decía León—. A veces tengo la impresión de que sospechás algo en relación a mí, te digo que yo no me quedo con nada, me mirás de una manera que parece que no me lo creés.

—No, para nada, eso no importa, la cuestión es: ¿dónde está la plata?

—¡No te hagas el tonto, Velásquez, no seas terco! —intervenía el Sr. García—. Ya lo escuchaste de la boca del diputado, él te dijo que hay un barco en el cual podés subir, ¿dónde querés llegar con eso?

Desde su negativa empezó a llegar retrasado al restaurant de la empresa, así no coincidía con ellos en la misma mesa y estaría más cerca de la puerta de salida. Nadie estaba a gusto y empezaba a buscar alternativas para la situación, la semana desde la última charla no había sido buena. «Pasá por mi despacho después del almuerzo», le dijo García, había tiempo de cepillarse los dientes y de preparar los últimos datos en la computadora referente a los resultados del último mes. Le pidió a Roberto de informática que se fijase en su laptop, algo le estaba pasando que dejó de grabar los documentos. «Voy donde García y regreso dentro de una hora ¡haceme el favor!» Minutos más tarde saludó a la secretaria que le hizo una señal de que ya lo esperaban en la sala García, León y Doña Valeria, gerente de recursos humanos y también un directivo de la matriz europea.

Ahí estaba, el momento que algunas veces ya había imaginado pero que en el presente siempre es diferente. «Incompatibilidad ideológica», le explicaban, la hipótesis hecha realidad, le dejaban el auto de la empresa, así podría llegar a casa, mañana le pasarán los valores de la rescisión y los datos para el seguro desempleo.

Agotado y vacío, expuesto e impotente delante del implacable silencio de respuestas y de la crudeza de la realidad, se enderezó y se dirigió hacia la estrecha puerta de salida, pensando que un camino sin vueltas no contiene miradas hacia atrás.

El tarot

*“Conocerás el futuro cuando llegue;
antes de eso, olvídalo”.*
(Ésquilo)

Claramente la situación no era la más adecuada, sin embargo, una guerra es un constante estado de excepción en el cual resulta muy difícil equilibrar la razón con la emoción, todo a nuestro alrededor era insensatez y crueldad. Uno trataba de vivir de manera normal, intentaba ignorar las constantes amenazas especialmente frente a los hijos, para que toda la barbarie no les afectase en demasiado y nosotras nos vigilábamos mutuamente porque por muchas veces estábamos al borde de un colapso emocional.

Escuchábamos las noticias en la radio sin saber muy bien si podíamos creer en lo que oíamos. No entiendo de política, pero la guerra nos enseña mucho a respecto de los seres humanos, lo suficiente para entender que la mentira, la locura y la ambición desenfrenada hacen parte de la naturaleza humana que muchos tratan de esconder. Lo que nos consumía eran las resultantes incertezas, si estarían vivos nuestros maridos, si los aviones que sobrevolaban nuestra región eran aliados o enemigos, si había estupro y ejecuciones, sin contar que nuestro futuro se resumía al día de mañana, porque era imposible imaginárselo más lejos andando sobre ruinas.

De vez en cuando, de manera inconstante, alguno de los maridos regresaba a casa. Eran muchos sentimientos represados que desaguaban como un dique que se rompía: primeramente, el alivio por verlos vivos, luego la alegría de los chicos, los deseos por la intimidad y las miradas que necesitaban entenderse nuevamente, porque era innegable que la crudeza de aquellos días nos endurecía el alma, nos quitaba candor, delicadeza y alegría. No sabíamos si habría otro encuentro, sabíamos solamente que no éramos felices porque nadie lo puede ser cuando su objetivo diario es matar a alguien o evitar que lo torturen o humillen, algo esencial pierde su sentido. Cada una extrañaba a su manera y eran momentos muy intensos, por esta razón no había como recriminarle nada a mi hermana Lotte, por más que la simple posibilidad, evitable, ya fuera un disparate.

Entre nosotras decíamos que había que evitarlo de todas maneras, mas, ya a los dos meses de la última visita de su marido, Lotte me confesó que sus reglas estaban atrasadas. Ya se sentía diferente, tanto el cuerpo como el alma, no hacía falta ninguna confirmación extra. En nuestro caso, aborto estaba fuera de discusión, ya nos bastaban las demás muertes diarias. Claro que estábamos felices, pero también había cierta congoja, porque no se sabía en qué clase de mundo iba a nacer, como dije, las incertezas matan muchos sueños.

Resulta muy difícil hablar de romanticismo o de idealismos en aquella época, con todo las dificultades y necesidades nos acercaban de manera solidaria, nos hacían aumentar las percepciones y los cuidados como en una gran grande familia, nos impulsaban hacia la intimidad, tamaño era la necesidad en ciertos momentos de desahogarse o de aliviar tensiones. Constantemente estábamos atentas al ánimo de las demás, nos ayudábamos con los chicos, con la comida, con las acomodaciones, con las noticias y nos consolábamos en noches quietas, a veces acompañadas de cigarrillos y un trago anhelando una vida normal.

En una de esas noches un poco más relajadas, Lotte nos recordó que antes de la guerra yo era una aficionada por el tarot para fines adivinatorios, asunto que traté de cortar por la raíz ya que, por acá, cualquier vínculo con otros pueblos o religiones podría ser lo suficiente para una denuncia de graves consecuencias. Para mi sorpresa, pasado un par de días, mi vecina Karin me visitó por la noche pidiéndome para hablarme a solas. De su bolso sacó una baraja de tarot que pertenecía a su fallecida madre y suplicó:

—Tengo pesadillas constantes con mi marido en el frente, un desasosiego interminable que me deja sin dormir por días. ¿Podés averiguar en las cartas si sigue vivo?

No me lo esperaba y si por el lado racional me parecía evidente que no reunía condiciones ni conocimientos suficientes para hacerlo, por otro lado, su estado frágil me emocionó de tal modo que le contesté por puro impulso.

—Es una locura Karin, aunque no cueste nada intentarlo —le respondí súbitamente tomada de pacífica confianza, con mis pelos erizados en la nuca.

Nos sentamos en una mesa chica alumbrada por una débil luz amarillenta, nos dimos las manos e hicimos una oración, ella barajó las cartas y todo eso parecía formar parte de un rito que me hacía sentir en otra dimensión. Dispuse los arcanos mayores siguiendo el método de la cruz simple con cinco cartas: la izquierda indicaba lo favorable mientras la derecha el obstáculo; la de arriba indicaba la acción, su opuesto su resultado o consecuencia y por la carta ubicada en el centro se sintetizaba el sentido de todas, no me había olvidado del método.

Una cosa era entender lo que las cartas podrían representar, sus posibles interpretaciones, otra cosa era sentir que mis pensamientos ya no me pertenecían del todo, que las figuras como que creaban vida, se ordenaban con mensajes en mi mente, formando una historia o su fotografía. Sabía que en seguida le daría informaciones a Karin, que ya mis cuerdas vocales proferirían palabras incontrolables, pero hasta aquel preciso instante todavía no sabía cuáles serían.

—Está vivo, no hay dudas—le dije luego de unos segundos—. Y no tardará en llegar. Salió la carta de la Templanza que le da mucho autocontrol en esos tiempos difíciles, no obstante, llegará confuso, con dudas por las experiencias que vivió en combate, indicado por la Luna. Sé que viene porque como acción salió el Carro y la Torre indica que se replanteará su futuro. Para la síntesis salió el Sol, una unión feliz.

La expresión corporal de Karin cambió completamente, como si le hubiesen sacado un peso tremendo de sus hombros. Se emocionó y hasta sonrió, sus mejillas recobraron vida y color.

—No es una ciencia exacta Karin, además, hace mucho tiempo no lo practicaba. Tengo miedo de equivocarme y de darte falsas esperanzas —le confesé antes que se fuera.

—No importa mi amiga. Gracias por todo. Estoy segura que acertaste —contestó y en un impulso poco común en nuestra cultura y época, me abrazó con fuerza y ternura. Junto con la conmoción que sentí en ese instante particular, también noté el peso de la responsabilidad.

En los siguientes días se la notaba confiada, esperanzada y de las pesadillas o del insomnio no quedaban rastros. Ni bien se pasaron diez días, tocó el timbre de mi casa para avisarme que su marido recién había llegado la noche anterior.

—Lo vi en tus ojos, en tu manera de hablar, no sé cómo funciona, mas fue un momento mágico. Vos también sabías que era verdad —me decía sonriendo, plenamente convencida.

La siguiente semana se me acercó una amiga suya igualmente torturada por las incertidumbres. Lotte la hizo pasar y nos preparó un te mientras yo hacía la consulta. Inicialmente le negué el pedido, sin embargo, su cara de desolación me hizo reconsiderar la decisión. Las cartas también traían buenas noticias que luego se confirmaron a través de una misiva de su marido que llegó un par de semanas después. Las consultas aumentaban y eso me dejaba intranquila.

A cada confirmación Lotte y yo nos mirábamos sorprendidas y un poco asombradas. Sabíamos que nos faltaba cierta explicación científica, lo que agrandaba el aspecto sobrenatural de los acaecimientos, para que del azar representado por la disposición de las cartas resultase la lectura correcta de hechos actuales o futuros. Nos maravillaba y atemorizaba el hecho de predecir el futuro, siempre tenía la sensación de que violaba un espacio que no me pertenecía.

—Resulta que el futuro no es un hecho sino una consecuencia — le dije con mucha contundencia a una de las consultantes y sabía que las palabras no me pertenecían por el simple hecho de jamás haber llegado a conclusión semejante anteriormente.

Mi hermana me comentaba que tenía la impresión que yo era otra persona durante las consultas. Era algo sutil pero que ella reconocía de inmediato en la mirada, un poco en la voz, decía que mi energía y la del ambiente eran diferentes, un aura especial.

—A lo mejor estoy más sensible debido al embarazo —trataba innecesariamente de justificar. En definitiva, había alguien invisible en esas ocasiones y nosotras la respetábamos. Quizás hubiera sido mejor entenderlo antes de que todo empezara.

Resulta que un par de semanas después yo notaba que Lotte estaba un poco diferente. Los altibajos emocionales eran de lo más normal en épocas de embarazo y de guerra, en cambio a Lotte le acompañaba una tristeza disfrazada, cierta inseguridad clandestina. Me decía que no era nada, sin embargo, cierta noche noté que me tanteaba y por fin se sinceró mientras nos preparaba el té en la cocina.

—¿Podés leerme las cartas? —me pidió tímidamente. Sentí miedo en su voz y aunque fuese inevitable, desde el principio quise decirle que no.

—No arrugues, hermana, por favor —insistió al notar que mis manos temblaban.

Salió la Sacerdotisa como evidente referencia a su embarazo y la Muerte como el obstáculo. Mis manos me pesaban y hacía un tremendo esfuerzo para no evidenciar mi temor, mi nerviosismo. Luego nos tocaron el Papa como acción del destino y el Ermitaño y su soledad como consecuencia. Mas allá del Colgado, representando el sacrificio y la abnegación como síntesis, yo en mi interior sabía que su marido había muerto.

Por unos segundos, suficientes para Lotte, tuve pánico. Estaba totalmente confusa, no sabía qué decir, creía que lo sagrado de esos momentos tampoco me permitía mentir, sentía mi total incapacidad de manejar la situación. Bastó una sola mirada de Lotte para que lo entendiera sin que yo hubiese pronunciado una palabra.

Salió asustada de la cocina y yo sabía que bajaba corriendo las escaleras entre lágrimas hasta ganar las calles, frías, grises e inciertas. No había que hacer en esos momentos, la guerra nos enseña la impotencia.

Desarmé el tarot, acomodé las cartas en el estuche y las guardé en el fondo del baúl desde donde nunca más salieron.

(Dedicado a Ingeborg “Oma”)

La suegra

*“El orgullo separa a los hombres;
la humildad los une”.*
(Henri Lacordaire)

Mienten los que dicen que no debemos juzgar. Mienten porque es una reacción automática y necesaria, precisamos una vara de comparación que permita ubicarnos para que desde ahí podamos determinar las perspectivas, los caminos correctos del futuro. Lo demás sería vivir sin opinión, sin comprometerse. Cuando vi por primera vez a Nadia me quedé un poco sorprendida, ya que hacía poco tiempo que me hijo Alberto se había separado de Leti (¡gracias a Dios!). Como nació de mi vientre es natural que yo sea la persona que mejor lo conoce y no creo que engancharse ahora con una chica cualquiera fuese lo más apropiado. Hacía falta entender un poco a sí mismo y sus errores. El desperdicio de tiempo junto a Leti necesitaba ser comprendido para que no volviese a pasar y para ello, quizá, lo mejor hubiese sido quedarse cierto tiempo solo y atento a las señales que las personas emiten, puesto que esas son un libro abierto que tenemos que leer con atención a los detalles.

Con todo respeto, pero lo de Leti estaba cantado y tardó demasiado en darse cuenta. Bastaba ver su manera de vestirse: demasiados colores, demasiada bijouterie, perfumes exageradamente dulces y no tenía diploma. Además, les hablaba a las personas tocándolas en los brazos y se reía alto, o sea, toda una manera de querer llamar la atención. Seguramente era alguna carencia afectiva y mi sexto sentido me decía que en cualquier momento le podría ser infiel a Beto, si es que ya no lo hubiera adornado la frente con un par de cuernos, ¡Dios que me perdone! Obvio que no tengo prejuicios, no considero que vendedora de cosméticos sea una profesión menor, sin embargo, una pareja tiene que moverse en un mismo nivel, buscar ascender juntos y Beto, después de largos e insistentes años, está a punto de recibirse de técnico electricista y recién pasó al nivel avanzado de inglés. Tiene treinta y tres años, la edad del Cristo, y ya le toca plantearse el futuro para alzar vuelo.

Como madre le había comentado algunas veces que sí la quería a Leti mas no como su novia porque no tenía mucho que ver y se notaba que faltaba algo en la relación que no lo permitía desarrollarse en plenitud, que se lo pensara bien. Nunca la traté mal, todo lo contrario, no fueron pocas las veces que con paciencia la traté de mostrar ciertas necesidades y costumbres de Alberto, no obstante, era como hablarle a una pared, además Leti era muy terca.

Por eso creo que lo mejor hubiese sido que Alberto reflexionase un poco sobre la vida antes de meterse en una nueva relación. Mi esperanza era que entendiera sus equívocos en la evaluación de las personas, las señales a las cuales tantas veces me refiero. Está claro que el amor no es una ciencia exacta, pero ciertas condiciones previas ayudan bastante y evitan futuros remiendos. Ser católica, por ejemplo, es una buena señal, ser temiente a Dios garantiza cierto orden moral importantísimo para una familia y el cura Felipe me da la razón. Tengo la preocupación de informarme antes de emitir una opinión para hablar con fundamento, para poder ayudar, aunque intento mantenerme al margen de los acaecimientos, lo que no siempre es posible.

Quizás con Nadia también nos perjudicó un poco la manera como nos conocimos. Fue en una tarde de sábado en la que decidí hacerle una visita sorpresa a mi hijo con una tarta de banana fresquita, simple detalle de una madre amorosa. Beto me abrió la puerta un poco desconcertado y raro, y mientras yo nos preparaba un café, sentía que algo estaba diferente en la casa. Luego algunos ruidos casi imperceptibles de canillas abiertas, de las bisagras del placard y también de posibles pasos ligeros me alertaban que probablemente no estaba solo.

—Mamá, quisiera presentarte a Nadia —oí la voz de mi hijo a mis espaldas.

Otra vez mi sexto sentido no fallaba. Disimuladamente respiré hondo antes de darme vuelta y encontrarme con una linda mujer, un poco avergonzada y sonriente, que tímidamente me extendía la mano.

—Mucho gusto en conocerla —me dijo mientras yo tomé la iniciativa de darle un besito, aunque todo lo que me pasaba por la cabeza, luego de un certero y solapado análisis, era que ella estaba descalza y que usaba una remera de Beto, lo que comprobaba que no temía a Dios ni mucho menos a la suegra.

Era eso, así me presentó a Nadia. No me presentaba a su novia, ni a su amiga o a una colega, simplemente me presentaba a Nadia, lo que significaba excluirme de más detalles de confianza, «*mejor todavía no blanquearle la situación a la vieja*» habrá combinado previamente, más preocupado que Adán en otoño, decime un poco. Pasado ni siquiera quince minutos me despedí porque tampoco quería imponer mi presencia donde no la valoraban.

A lo largo de las siguientes semanas Alberto no volvió a nombrarla en sus telefonemas diarios, tampoco mandó ninguna señal de aproximación, un almuerzo, un té o una tarta. La volví a encontrar el día que Alberto vino visitarme. Cuando le abrí la puerta ella estaba parada en la vereda, apoyada en su auto de la mano de un pibe de unos seis

años. Aunque uno aprende con los años a poner las más diversas caras que las situaciones sociales puedan requerir, el hecho de que fuera madre, quizás madre soltera, era casi el veredicto final de que Albertito se metía en un lío infernal y creo que mi cara de asombro delataba esas preocupaciones.

—Le vine presentar mi hijo Tiago —me dijo con tono ligero, pero sin sonrisas, como si no se diera cuenta de mi evidente desagrado.

La saludé, le elogí al hijo que me sonrió con ganas y los invité a que pasaran, propuesta obviamente rechazada con una disculpa cualquiera, parecía que ese era el combinado con Alberto, se verían por la noche. Entendía que él me vino visitar para hablarme de manera oficial respecto a Nadia y de hecho fue lo que pasó.

—¿Dónde se conocieron? —le pregunté preparada para nuevos asombros.

—Trabaja en la peluquería a dos cuadras de casa —me contestó con cuidado.

—¿Divorciada?

—Hace tres años.

Aunque la siguiente respuesta fuese trillada, igual formulé la pregunta con la esperanza que se diera cuenta de lo insensato que era todo eso.

—Claro, no tiene mucha pinta de ser católica... —lamenté.

—Es espírita —me respondió el condenado.

—¡Virgen Santísima, si la iglesia es una sola, santa, católica y apostólica! —le contesté de golpe, persignándome.

Ahora empezaba a entender ciertas cosas y pensar que me quejaba de Leti, ¡una santa! Debido a la criticidad de la situación le hablé directamente sin rodeos, le advertí por Dios que se estaba mandando una macana, que ya era hora de madurar, que estaba clarísimo que eso no tenía futuro y que retrasaría toda su vida con una mujer así.

—Que conste que te avisé —le dije meneando negativamente mi cabeza, irritada.

En los siguientes meses solamente la veía en ocasiones cortas, pienso que tratábamos de evitarnos, aunque lo disfrazábamos a través de la cordialidad. Era necesario tener paciencia y rezar para que Albertito se diese cuenta rápidamente y se cansara de esa aventura. Sin embargo, algo ya estaba diferente, quizás fruto de algún hechizo. A Alberto lo sentía distante, parecía que me visitaba por obligación, algo del brillo o de la intimidad que nos unía se había perdido – pero no su alegría, no su entusiasmo. Yo lo conozco y la verdad es que su aspecto era muy bueno, parecía más confiado, más dispuesto, más feliz. Una vez, mientras yo le preparaba el agua para un mate en la cocina, me di cuenta de que hablaba con ella por el celular. Su rostro se iluminaba, el tono de voz era dulce, estaba

completamente enamorado. Yo ya sentía como la energía, la presencia de Nadia se interponía entre nosotros, que me estaba quitando el hijo.

La culpa también la tenía Alberto que no reaccionaba e incluso me retaba con discursos sobre prejuicios, que juzgaba sin conocer y que esa clase de actuación conducía a un aislamiento y demás acusaciones que con esfuerzo trataría de olvidar el día que vuelva con la cola entra las piernas a darme la razón. Por fin me invitó a almorzar el día de su cumpleaños junto con su nueva familia, ¡qué papelón! Fuimos en el auto de Nadia que manejaba concentrada mientras Alberto trataba de distraer al pibe que no paraba de mirarme con unos ojitos dulces y que insistía en regalarme uno de sus coches de juguete que tenía.

—Te regalo ese porque es mi favorito— me dijo el bombón con una sonrisa satisfecha que hacía recordar la de Nadia.

A la hora de elegir los platos, ella le recomendó a Alberto la pasta con hongos porcini.

—¡Está perfecto si lo querés matar! Albertito tiene alergia a hongos, lo deberías saber...—le dije meneando la cabeza con el tono de voz y disfrutando de cierto gozo interior.

Yo disfrutaba de las entradas (bruschettas romanas y el pibe me dio un trozo de mozzarella), luego pedí raviolis con frutos del mar, pese a que Nadia me había advertido que el condimento era fuerte.

—Ya tuve que tragar tanta cosa más indigesta en la vida, querida— le respondí casi sin mirarla al instante que notaba que Albertito respiraba hondo, un poco incomodado, ¿qué va a hacer?, cada elección con sus consecuencias.

—Entonces al final le recomiendo un buen Grappa, es digestivo —contestó con onda sin acusar el golpe.

Y así se desarrollaba el almuerzo, con el pibe muy amable insistiendo a que yo al menos probase un poco de sus tripas a la moda de la casa, con Nadia midiendo sus palabras, Albertito un poco desubicado y yo comiendo como una reina, bicho que vuela a la cazuela, la verdad es que el restaurante que eligió Nadia estaba buenísimo. Sin embargo, pasada casi una hora, empecé a sentir cierto incomodo en el estómago, además de un calor tremendo que me hacía sudar. El pibe se reía a cada sonido raro que salía de mi barriga y en un abrir y cerrar de ojos me fui al baño.

Llegué casi desmayándome y al instante en que me iba a bajar los pantalones, quizás debido al suelo resbaladizo o al mareo, me desequilibré y me derrumbé sobre el

inodoro. Caerse a mi edad era uno de mis temores más profundos, me dolía el hombro, los pulsos, brazos y debido al miedo de aquel instante, otras partes se olvidaron de sus funciones y se relajaban. Sentí dos o tres incontrolables chorros y como por entre los muslos se me escurrían mis líquidos excrementos, tiñendo de mierda mis pantalones claros y apestando todo el ambiente. Aunque estuviese de ojos cerrados como consecuencia del dolor, conseguía imaginarme la escena completa: una vieja torcida sobre el inodoro, con los pantalones a la altura de las rodillas, cagados, con un chichón en la cabeza, humillación suprema bañada por lágrimas amargas.

No sé cuánto tiempo me quedé inmóvil hasta escuchar la puerta abriéndose y los pasos que se acercaban rápidamente junto con palabras preocupadas. Reconocí la voz de Nadia y por un instante sentí que todas mis veladas recriminaciones, mi desprecio y superioridad serían para siempre soterradas por la escena humillante, a su merced. Sabía que no haría falta una sola palabra, que bastaría una mirada suya, un ademán intencionado para ponerme en mi lugar, literalmente un vieja de mierda que ahora lloraba de vergüenza.

Lo primero que hizo Nadia fue enderezarme sobre el inodoro, tomar mi rostro entre sus manos y pidiéndome a que le mirara a los ojos.

—No se preocupe señora, yo estoy acá —me dijo en tono amable, con confianza. Me miraba con sus ojos negros de frente para que yo los leyera sin filtros. No había bochorno, ni piedad, ni superioridad, solamente un brillo humilde que me calmaba como un bálsamo.

Luego de asegurarse de que no tenía ningún hueso roto, me explicó calmamente que iba a buscar más toallas de papel para limpiarme y que no me preocupara porque tenía ropa en el baúl del auto que eran del bazar, una seguro serviría. De rodillas frente a mí, vi como de manera delicada me limpiaba los muslos, como humedecía las toallas sin cualquier vestigio de asco, como textualmente me limpiaba el culo y por su manera noté su preocupación en no humillarme. Nadia se callaba elegantemente y solamente quebró el silencio para agradecer a Dios que no me hubiera lastimado con gravedad.

Un par de minutos después regresó con un pantalón casi del mismo color.

—Seguro que no se darán cuenta —me dijo con ligera sonrisa—. Albertito como mucho se fija en los colores —vaticinó con razón, tan típico de él.

Regresé a la mesa apoyándome discretamente en Nadia. Alberto, impaciente como era, ya había pagado la cuenta. Nos miró con cierta zozobra y luego añadió:

—Es uno de los misterios más antiguos de la humanidad la razón porque las mujeres se tardan tanto en el baño — comentó de la mano del pibe, único de su especie.

—Es una oportunidad de conocernos mejor— le contesté haciéndole un cariño en el brazo de Nadia que me sostenía.

Intimidades

“¿Qué serían los desiertos de la vida sin los brillantes espejismos de nuestros pensamientos?”

(Anatole France)

Minuto 0

Cuando tomé asiento el vagón estaba casi vacío. Siempre que posible, soy uno de los primeros en entrar, para sentarme junto a la ventana y por ser una manera indirecta de demarcar territorio y de ser evaluado. Elegí un asiento diferenciado: hacía parte de un conjunto formado por dos hileras de sillones de dos asientos cada, una frente a la otra, separadas por una mesita con opciones de enchufes. Una vez acomodado, yo era una referencia para los demás que buscaban asiento. El trayecto tardaría cuarenta y tres minutos y, mientras tanto, forzosamente se establecerá una intimidad por el simple hecho de compartir el espacio. Está claro que las primeras opciones suelen ser los lugares vacíos, pero luego, una vez agotadas esas alternativas, entran en juego razones particulares y subjetivas.

Si bien existen diversos criterios a la hora de elegir un asiento, es indudable que uno es la empatía, esa revelación subconsciente e inevitable. En ese sentido el asiento clave en mi configuración, el más esclarecedor, es el que está justamente a mi frente, es el más íntimo de todos. Me interesaba mucho saber quién sería la persona que se inclinaría por mí, cuáles serían las razones por haberme elegido, qué es lo que nos unía, secretas conjeturas.

El primer pasajero que entró bajo esas condiciones fue una señora de origen aparentemente humilde que se sentó en el primer asiento disponible, al lado de una joven que parecía tímida, de anteojos y con un libro en las manos, que trató inmediatamente de ayudarla a instalarse. Se notaba que era de buena índole y seguramente ese había sido el motivo oculto, el sexto sentido de la experiencia.

El siguiente era un señor calvo cuya panza aventajada pedía pasaje por entre el saco y era sujeta por tenaces botones de camisa que parecían gritar por ayuda. Estaba feliz, hablaba al celular y no se desprendía de su carpeta. Se sentó al lado de otro señor que parecía ser de origen extranjera, con cierto porte y pinta de importante. Probablemente lo había elegido por considerarlo un par y a lo largo del viaje le hablará sobre economía, sobre lo lamentable que son los políticos de nuestro país, de cómo somos atrasados. Debido a la educada sonrisa del extranjero deduje que su táctica sería el pulido distanciamiento frente a ese personaje que no pertenecía a su mundo.

La tercera persona era la que se sentaría frente a mí. Arrastraba una valija con ruedas de una mano y con la otra sujetaba el celular que era toda su preocupación en ese instante. Al pasar frente a los asientos, miraba las butacas de manera superficial y al acercarse del asiento clave, lo evaluó por medio segundo y se paró. Se había decidido. Un hombre detrás de ella se me adelantó y la ayudó a acomodar la valija. Le agradeció con el mismo tono y distancia con la que me pidió permiso para sentarse frente a mí y enchufó el celular para alimentar su ansiedad.

Fue decepcionante. Realmente me molestó que esa mujer en ningún momento hubiese tomado el mínimo cuidado a la hora de optar por ese asiento, lo único que le importaba era la posibilidad de conectarse. Una vez banalizadas mis expectativas me sentí torpe y un poco desmoralizado porque jamás me imaginaría menos determinante que un enchufe. Sé que era una tontería, con todo eso me afectó en especial porque no lograba retribuir su indiferencia.

Minuto 7

Durante el viaje, la iluminación del vagón me permitía observarla por el reflejo de la ventana. Mis ojos apuntaban hacia fuera, pero en verdad se enfocaban en su imagen espejada que parecía inquieta como sus pintados rulos rubios que se formaban y se le caían sobre los hombros.

Algo me decía que era fumadora.

Miré sus manos: tenía rojas uñas bien cuidadas y dos anillos de bisutería, algunas venas saltaban de su piel clara e inevitablemente revelaban unos cuarenta abriles, las manos... De repente tiró el celular sobre la mesa con innegable enfado. Hablaba por mensajes de texto. Intenté leer el contenido, mas el vidrio que hacía de espejo generaba una inversión entre los lados, transformando letras en jeroglíficos de un prisma de reflejos.

Justamente cuando mi cerebro estaba a punto de vencer la confusión mental para comprender las primeras palabras, la pantalla se apagó.

Minuto 12

Mientras el visor seguía en su mar negro, deduje que hablaba con un hombre, probablemente su pareja (aunque no llevaba alianza) porque toda su irritación, su nerviosismo y ademanes que seguían repercutiendo en el ambiente, formaban la misma

nube negra que pesaba sobre mi cabeza cuando Nadia se quejaba de mi tibieza e incertezas. Hay ciertas irritaciones que solamente los hombres logramos generar.

Decidí mirarla. Era una buena ocasión ya que su reflejo en la ventana indicaba que estaba ocupada con sus manos. Lo que iba a ser una mirada fortuita luego se extendió. Algo en ella me atraía: su belleza no era plástica o inmediata, sino que me golpearía unos segundos más tarde, como una segunda ola, imprevista e impactante, llena de carácter y personalidad, pero también distante, indescifrable, atrapante.

De repente, la pantalla se iluminó. El mensaje del hombre era largo, no conseguí leer nada. La mujer meneaba la cabeza, sonreía irónicamente y sin pensar mucho escribió dos frases antes de reposar el celular sobre la mesita. Me concentré solamente en sus palabras, trataba de encontrar la manera de leer, saber dónde estaba el principio, como reconocer las letras y luego conectarlas para darles un sentido.

.atrah yotsE .neneitsos es on sarbalap suT
emádivlO

Avanzaba confusamente, estaba todavía inseguro y en medio a mi desespero intenté grabar el mensaje en mi memoria antes que la pant... Negra, otra vez. Cerré los ojos de modo que la imagen del texto se congelase sin que se desordenase ni con el más leve balanceo del tren. La trataba de llevar en seguridad hacia un lugar accesible en mi memoria, tal como un vaso lleno hasta el borde que hay que llevar a un enfermo sin derramar una gota siquiera.

En cuanto me dedicaba a la descodificación, también se me borraba gradualmente la imagen en mi memoria. Eran inversamente proporcionales, como un barco que parte de una orilla hacia la otra, todavía difusa y mientras cruza el río, el cuadro se invierte hasta que al final uno casi no reconoce el lugar de partida. De sus frases tuve certeza solamente que escribió: tus palabras, harta y algo como olvidáte, olvidáme u olvidálo.

Si bien la junción de esas palabras pudiese generar muchas hipótesis, como una charla entre hermanos o entre colegas, no cabía duda que escribía con su pareja. Lo confirmé por su manera de respirar, más lenta y pesada y con los brazos cruzados sobre el pecho, semejante a la de Nadia cuando el asunto era vivir juntos.

Minuto 23

Su energía cambió. Al principio era evidente que estaba enojada y nerviosa, me fascinaba en aquel entonces su firmeza, su personalidad, me gustó que fuese intransigente y le cerrase las puertas al chanta. Esperaba que acto continuo ella se desplomase, que

pelease con sus emociones, que buscase el atado y el encendedor en su bolsa para fumar escondida en el baño, que le mandase un mensaje a su mejor amiga con quejas y desahogos, emoticons y puntos de exclamación, que llorase y que quizás la pudiese consolar.

Nada de eso sucedió. Ella contemplaba el paisaje con mirada lejana, no había vestigios de desespero ni mucho menos tristeza. Reinaba la misma indiferencia con que se decidió sentarse frente a mí.

Creo que no lo amaba, menos mal porque estaba seguro que no la merecía. Sus pensamientos definitivamente me eran inalcanzables, ella se encontraba conscientemente distante, en un mundo aislado y me pareció raro que algo en ella se asemejase a Nadia, pese a que eran físicamente muy distintas.

Minuto 26

¡Descubrí el eslabón que las unía! Tenían la misma mirada desinteresada de la actualidad, de ese asiento, de nuestra intimidad, de los minutos que nos quedaban. Lo que me sorprendió fue el tiempo que necesité en asociarlas a través de la mirada, algo tan obvio. Es que últimamente la mirada de Nadia había cambiado, recién ahora me daba cuenta. Esa indiferente lejanía no existía antes, cuando las discusiones sobre nuestro futuro le añadían fuego a la mirada, cargada de rabia, amor, rebeldía, pasión.

Con todo, últimamente su mirada era distante, como si mirase por una ventana de un tren.

¡Harta!

Minuto 33

Creo que sé cuando cambió su mirada. Fue hace dos meses, más o menos. Recién habíamos aparcado el auto, a una cuadra del restaurante de siempre. Ella estaba rara, lo había notado antes, se encontraba justamente en aquella zona en que todo hombre se desespera: temía preguntarle si le pasaba algo de la misma manera que temía callarme.

Caminaba unos pasos delante de ella mirando emails en el celular cuando se acercó un vendedor de rosas. Lo rechacé con un simple meneo para volver a concentrarme en los mensajes. Lo escuché decir algo unos pasos más tarde. En su momento no le di ninguna atención, pero luego intuí que era importante y traté de rescatar las palabras ya imprecisas.

.adan orboc oN

.zilef sécah eM

Cuando me di vuelta, Nadia hacia lo mismo, con una flor en manos, mientras el vendedor seguía su camino. Sorprendida por el inesperado acto, supe que había sonreído. No obstante, al ver mi rostro ausente, iluminado por la pantalla del celular, su semblante se transformó y se apagó. Se sintió patética: sola, distante y con una rosa de otro en manos.

Desde entonces su mirada no volvió, ahora lo sé. Creo que la perdí o que me estoy yendo al diablo.

Minuto 37

¡Nadia está harta! Quiero fumar. No la hago feliz. Tenemos que hablar Nadia, ¿me escucharás? Palabras... No me gusta cuando mira así, ausente, como si fuera por la ventana de un tren. ¿Dónde está el maldito encendedor?

Y esa mujer, ¿qué? Las cosas no se arreglan así, «*estoy harta y chau*». ¿Qué sabe ella de sentimientos si me eligió debido a un infame enchufe y se separó por mensaje? Sin embargo, yo la habría elegido si hubiese un asiento libre frente al suyo, quizás porque me haría recordar a Nadia.

Olvidáme.

Quiero fumar.

Minuto 41

Trataba de convencerme que todo eso no pasaba de un juego de asociaciones sin pretensiones, que luego esa mala sensación que me contagió pasaría. La encaré con insistencia, sin el subterfugio de los reflejos, pero permanecía alejada. Sus segundos eran propios y eran medidos por la cantidad de veces que enredaba sus dedos en sus rulos.

El tren empezaba a frenar. El tiempo se acababa.

Sabía que sería inútil, que no me miraría hasta el final. Por un breve instante tuve esperanza que la pantalla del celular volviese a indicar que había un mensaje, que por fin le diese otra oportunidad, que pudiese volver.

El vagón oscureció un poco cuando el tren arribó al andén, bajo el techo de estructura metálica. La mujer se enderezó, puso el celular en el bolso sin mirarlo, alguien la ayudó con la valija, esperó fríamente que la fila se moviese sin molestarse por haberme desnudado sin rodeos, por decirme a la cara que Nadia ya no aguantaba más y profetizar que se iría, de la misma manera que ella, en silencio y sin mirar hacia atrás.

La seguí mirando por la ventana hasta perderla de vista, hasta que no quedase nada más que mi reflejo. Fue, sin duda, la más íntima de todas.

La otra

*“La envidia dispara a todos
Y se hiere a sí mismo.”
(Autor desconocido)*

Sentí que había algo diferente ni bien entré a la casa de doña Lucia, cumpleaños de esa tarde de sábado, madre de mi amiga Nicole. Mi marido se había ido con los chicos a la casa de mi suegra por un par de semanas, así que acepté con gusto la invitación para ahuyentar da soledad de ese día. Me gustan los ambientes familiares, las mezclas de generaciones, las libertades entre las personas unidas por sus historias de tiempos inocentes.

Además de Nicole y sus padres no conocía a casi nadie de los presentes que me miraban felices, muchos de ellos sonrientes. La primera en equivocarse fue una tía abuela de Nicole, que me saludó con bastante intimidad:

—Esos quilitos de más te cayeron muy bien Ariane— me dijo con satisfecha sinceridad y simpatía.

—Perdón tía, pero esa es Flavia, una amiga mía— la corrigió Nicole mirándome con más atención.

La tía se calló por unos segundos (seguramente recurrió a los archivos del pasado) y, pese a que no parecía convencida del todo, luego entabló una agradable charla. Otro episodio ocurrió unos minutos después mientras me servía de la picada. Me encanta el salamín criollo, con un pedazo de queso mozzarella y trataba de ubicar las aceitunas.

—De las verdes, sin carozos, como de costumbre— escuché decir a un señor que me las acercó sonriendo—. Hay cosas que no cambian con los años, Ariane.

Le esclarecí respeto a mí identidad y averigüé con el simpático señor que Ariane era una prima distante de Nicole, que seguramente vendría a cualquier momento y que nosotras éramos de cierto modo semejantes. También noté que me observaba con redoblada curiosidad y que parecía cuestionarse porque se había confundido.

—No la veo hace un par de años. Ustedes son de un parecido inconsciente, natural... —me dijo y tuve la impresión que no dio con la palabra exacta—. Tenés que conocerla para que me entiendas.

Empecé a sentir que las miradas poco a poco se multiplicaban, que el asunto generaba pequeños debates en especial entre los mayores. De la misma manera mi curiosidad también se agrandaba y a cada nueva persona que llegaba el murmurio de voces disminuía unos decibeles que amplificaban la expectativa.

Ariane tardó un poco en llegar, fue recibida con mucho cariño por doña Lucía que depositó las flores al lado de las mías. Supe enseguida que se trataba de ella y la sensación fue un poco rara. Más allá de la diversión que esa similitud provocaba, algo en mí se inquietó. No pasó mucho tiempo hasta que nos conocimos y nos divertimos un rato junto a los demás hasta que el asunto se fue diluyendo entre todos.

Sin embargo, a mí me resultó imposible no observarla. Nuestro parecido no estaba puramente en lo físico: si nos tomasen una foto a las dos sin duda se encontraría trazos similares, pero lo que realmente reforzaba esa sensación era el hecho de que éramos más parecidas en movimiento que paradas, en esos ademanes que expresan el inconsciente.

Ariana era simpática, la gente la saludaba con cariño, a menudo sonreía y les daba especial atención a los mayores. Actuaba como «*Ariane Familia*», de la misma manera que yo hacía el rol de «*Flavia Amiga simpática de Nicole*» y lo curioso era que nos servíamos de los mismos recursos para las constantes improvisaciones de los papeles de la vida: el movimiento de las manos, las sonrisas sociales, el arquear de las cejas, la charla amena. «*Entonces actúo así...*», me daba cuenta a cada segundo que la escrudiñaba.

A veces nuestras miradas se cruzaban y nos sonreíamos ahora con cierta timidez como Evas semidesnudas, como si todos los disfraces no tuvieran ningún efecto delante de nosotras. Sospechábamos que quizás no podríamos engañarnos, que lográbamos entender el real pensamiento por detrás del barniz social. Tenía la sensación de observarme a distancia lo que era a la vez hipnotizador y asustador.

Cuando ella les hablaba a los mayores podía sentir su paciencia, su ternura. Cuando el asunto era algo humano, participaba; cuando hablaban de política se desconectaba y observaba el ambiente con mirada atenta. Tuvo firmeza e ironía delante de un comentario homofóbico de Gustavo (¡alguien tenía que tomar una actitud!) que hablaba alto sin respetar la vez de los demás y así Ariane se movía con natural elegancia entre las situaciones y a mí me daba la sensación de que levitaba, que se movía entre una armoniosa partitura de notas, silencios y cadencias.

Daba gusto observarla, yo trataba de adivinar sus reacciones, sus pensamientos y cada vez que sus acciones confirmaban mis sospechas yo vibraba por dentro. Además, tenía un aura de satisfacción interior que brotaba en tantos detalles que yo descifraba lentamente, desde la ropa, los ademanes, el perfume suave, todo se equilibraba y era arredondeado especialmente en el dulzor de su voz, acogedor y sin exageraciones. Verla me daba placer, me gustaba.

Poco a poco noté que yo cambiaba un poco mi manera de actuar, pasaba a concentrarme en mi tono de voz que podría ser igual al de Ariana, me fui al baño a arreglarme un poco y reforzar el maquillaje (de hecho, un poco de rímel nos caía bien). Aunque soy de la opinión que los invitados deberían solamente disfrutar del ambiente proporcionado, vi como Ariana trataba de limpiar la mesa de la picada para darle una mano a doña Lucía y decidí acercarme sin decir nada más relevante que mi presencia.

Los demás invitados ahora me sonreían aún más, parecía que de una manera u otra no sólo nos vinculaban por el parecido físico, sino que probablemente también creían que teníamos las mismas virtudes y carácter. Era una tarde agradable y yo disfrutaba de esa sensación de ser querida por desconocidos, por ese ambiente que se generó con la llegada de Ariane y que pocas veces he sentido últimamente. Porque la gente en la calle, en la verdulería o farmacia del barrio no me miraba con simpatía, las madres de los chicos en el colegio eran demasiado sobradas y tampoco con la familia de mi marido pude crear empatía, aunque tantas veces le comenté que la culpa la tenían la terquedad y los celos de mi suegra y cuñada (¡esa desde el principio no me cayó bien!). Estaba segura que Ariane pensaría como yo.

Ya casi al final de la tarde vi como un hombre se le acercó con los brazos abiertos, vaso de uisquí en manos y una sonrisa que buscaba ser íntima. El tipo no me gustó para nada y no era posible que Ariana no tuviese la misma sensación, no soportamos que nos toquen cuando nos hablan. Seguramente que se ha dado cuenta de que por detrás de sus palabras se encontraba cierta lujuria, totalmente desubicada, de esas que repugnamos. Sentí alivio al ver que le hablaba con su palma de la mano abierta como para establecer distancias, que se utilizaba de nuestra risa fingida para ganar tiempo, alzaba discretamente la cabeza buscando alternativas y luego volvía a cruzar sus brazos sobre el pecho. Era nuestra manera de demostrar que algo nos molestaba, *¡cómo la conozco!*

Al instante que nuestras miradas se volvieran a encontrar, le hice una señal con las manos, lo suficiente para que se deshiciera del tipo y caminase hacia mí con una sonrisa agradecida.

—¡Gracias amiga! —me dijo sonriente—. Siempre pasa lo mismo, todo por culpa de un piquito cuando teníamos diez años.

—Ojalá no se interese por mí —le dije debido a nuestro parecido.

En realidad, me pareció un comentario tonto pero que contenía una pizca de humor, de *mi* humor, pues existen cosas que son graciosas para unos y para otros no. Pero notaba que a Ariana igualmente le causaba gracia, que una irrefrenable risa le nacía desde

adentro, casi incontrolable, que nos contagiábamos, presionábamos nuestras mejillas, atragantando la risa porque allí no era el lugar, ni la hora. Sin embargo, fue inútil, no pudimos aguantar. ¡Cómo nos reímos! Y fue una risa plena, una risa de niñas que se conocen desde hace mucho tiempo, de intimidad, una carcajada que divertía, que soltaba, que avergonzaba un poco, que tenía algo de prohibido, de libertad. Nos sentíamos unidas en una sola frecuencia, como si nos diéramos las manos y nos catapultáramos hacia un cielo de felicidad en cuya cima abrimos el paracaídas para lentamente regresar a la realidad. Algunos invitados nos miraban y sonreían, todo era tan ligero...

No obstante, con el pasar del tiempo tuve la sensación de que habíamos aterrizado en niveles diferentes, porque si por un lado Ariane, aún callada, seguía expresando sus felicidades, a mí me costaba permanecer así. Era cierto que no la había visto reírse así con nadie más, pero en los posteriores minutos (¡quizás casi una hora!) la vi pasándola bien con otras personas, siempre dispuesta. También noté como le hablaba a su marido por el celular, «te extraño tanto mi amor» pude leer en sus labios sin temor a parecer indiscreta ya que ella se fijaba mucho menos en mí que al revés.

Algo me decía que Ariane era más feliz que yo y de cierto modo me pareció injusto. Probablemente su vida era un cuento de hadas: nada de un empleo más o menos, seguramente su marido le abría más puertas que el mío (vacaciones en la casa de la suegra, ¡por Dios!), que vivía en un buen barrio, que se iba al gimnasio. Y la próxima vez que la tía abuela de Nicole me venga a hablar de quilitos de más yo le diré que es por culpa de las miles de tareas, que si Ariane puede darse el lujo de una alimentación balanceada es porque sus hijos no la vuelven loca con sus deseos por panchos, alfajores, papas fritas, ni su marido le pide lasaña o achuras todo santo fin de semana.

En ese instante nuestras miradas se cruzaron y Ariane inclinó levemente su cabeza hacia tras, como si mis pensamientos hubiesen causado un impacto en su frente. También sus ojos temblaron un poco y su comisura izquierda se agrandaba. Era una señal de alarma, de que algo no estaba bien. De pronto me volví un poco insegura, temía que por detrás de mi postura se escondiesen otras intenciones que solamente Ariane podría identificar. Me sonrió de manera defensiva, diferente, arqueando la ceja, como si yo fuese una más.

Para mí fue un cachetazo, no lo voy a negar. ¡Cómo cambian las personas! Ni bien una hora atrás estábamos felices y unidas y ahora todo eso no tenía importancia. Seguía sonriente porque sabía que la observaba, porque quería lentamente humillarme con su felicidad, demostrar que ella era nuestra mejor versión, que podría salir de la fiesta y

contarle a su lindo marido (seguro que es lindo) toda una anécdota y decirle que ganó. La conozco, ¡cómo la conozco!

Qué decir, era fácil seguir sonriendo cuando la vida le sonreía a uno. Si yo tuviese su vida también distribuiría felicidades, también tendría ese pelo brillante, esa paciencia con las personas tan diferentes a mi confusa suegra y mi envidiosa cuñada.

De repente veo como busca su bolsa elegante, saca la llave del auto y se endereza para despedirse de los invitados. Todo está por acabarse y empiezo a agobiarme. Una parte mía estaba por irse, una posibilidad de ser diferente, seguro que esconde algo, quisiera descubrir cómo lo logró, qué hizo para que todo se acomodara así, qué es lo que tiene.

Sabe que lo descubriré, sabe que somos parecidas, que yo también podría tenerlo.

—Podríamos almorzar juntas un día de esos —le dije con nuestro típico dulzor de voz.

—Después contacto a Nicole —contestó fingiendo prisa, me dio dos besitos—. Nos vemos —dijo educadamente, palma de la mano levantada y se fue.

Pero dudo que alguna vez volveré a verme.

Afinidades

*“Muchos son llamados,
y pocos escogidos”.*
(Jesus Cristo)

Conforme nos acercábamos al local, la noche y el silencio entre Jimena y yo crecían sin alejarnos. Estábamos con la mente en otro lugar y las luces de los autos, el ruido de los motores y la música de la radio (no recuerdo una canción siquiera) eran los tenues hilos que todavía nos ataban a la realidad.

—Mal no le va a hacer —nos dijo hace una semana el doctor Mario Campos, la segunda opinión médica. Creo que su frase y mirada contenían cierto desprecio que yo desde siempre temía, resultante de esa situación bochornosa que se dio por la insistencia de Jimena en acompañarme a la consulta para poder abordar el tema.

—Entonces, ¿para qué esperar? —me preguntaba con cara determinada y satisfecha—. Gracias, doctor — dijo preparándose para salir y yo sabía que difícilmente cedería.

Lo hice yo, aunque no me gusta concebir cosas que afrontan la lógica, que no tienen fundamentos concretos, por más que Jimena me hable de sentimientos, de esperanza y de las tantas otras hipótesis que nadie puede comprobar. Ese era justamente mi argumento, que las mejores verdades están en blanco y negro y que yo hacía todo lo posible en ese sentido: exámenes, imágenes, remedios, tratamientos, conteos. Y si bien el avance de la enfermedad se desaceleró, también era cierto que seguía ahí, en los riñones, pero se ganaba tiempo, lo que hacía parte de la estrategia de la batalla.

Además, el doctor Mario Campos es un experto y a mí me parece mucho más prudente seguir sus orientaciones que buscar consejos entre un populacho que se contuerce, baila y canta, que fuma y supuestamente está en trance, tan bolados que se creen médicos o chamanes, que, con un baño de hierbas, una oración, romero en la almohada y agua bendita van a curar mis llagas, hacéme el favor.

—Ojalá me receten un trago de aguardiente antes de cada almuerzo —le comenté al doctor antes de irnos, guiñándole un ojo y haciendo referencia hacia Jimena. Para mí era importante aclarar definitivamente quien era el mentor intelectual de ese disparate.

Mal no me iba a hacer, por lo menos no tanto como la insistencia de Jimena que se expresaba en todo: en los últimos días sus ademanes eran impacientes, ansiosos, un marcate cerrado de mis minutos y planes futuros. Desde chico sé que lo mejor para la

armonía de todos era no oponerse a la determinación de mi hermana mayor que ahora parecía menos nerviosa o fastidiada que yo.

Según el sistema de navegación, estábamos cerca y todavía faltaban más de media hora para comenzar la sesión. Eso la tranquilizaba, una preocupación menos, casi un alivio porque Jimena siempre creía que la gran mayoría de los sabotajes del destino pasaba por contratiempos, antes o durante el trayecto. Una visita inesperada, un súbito dolor de estómago, una goma pinchada, un tránsito terrible, según ella, el repertorio de impedimentos era grande.

—En especial con temas de fe —me advirtió para justificar nuestra temprana partida de casa —. Mejor salir ahora porque algo seguro que intentarán hacer.

«Intentarán hacer» decía Jimena con una naturalidad espantosa. ¿Quiénes? ¿El Hombre de la Bolsa, el Cuco, el Sacamantecas? Pero lo mejor era callarme, sería una batalla perdida. Además, existen ciertas jerarquías inoxidables y en el caso de nosotros, mis patentes eran bajas frente a la autoridad de hermana mayor, la que hace casi cincuenta años, en especial en los primeros años de mi vida, me coloría las tardes, me presentaba el mundo y me prestaba sus ojos y fantasías. Siempre me cuidó.

Sin embargo, me costaba entender que en un mundo de pulsante tecnología y modernidad ella depositase más esperanzas en ritos ancestrales y en energías invisibles que en la ciencia. De todos modos, verla a Jimena ansiosa, esperanzada y casi feliz, curiosamente me despertó cierta ternura.

Cuando la zona por la cual manejaba empezaba a preocuparme por cuestiones de inseguridad, por fin llegamos: el predio era alejado, el terreno baldío hacía de estacionamiento tomado por autos populares, olía a maleza y al fondo se encontraba el Centro de Umbanda. Lamenté que seguramente mi auto se ensuciase de barro. Llevé conmigo la documentación del auto y verifiqué dos veces si las puertas estaban bien trabadas y la alarma prendida, pese a que tenía muchas dificultades en moverme debido a mis dolores. Entramos en las instalaciones humildes, de bancos de madera que acomodarían menos de una centena de creyentes. El altar y el público eran separados por una cortina blanca, cerrada.

Mientras la sesión no se iniciaba, traté de analizar a las personas que se iban consultar. Algunos estaban ensimismados, otros parecían relajados, había personas que oraban en voz baja. Me causaba cierta gracia y espanto que todavía existía gente que creía en supuestas entidades, que buscaban sus consejos con figuras (o, mejor dicho: actores de reparto), que se comunicaban con muertos que les pasaban determinaciones, las cuales

deberían seguir a rajatabla. ¿Matarán gallinas, cabras? Pobre gente, de hecho, creen que acá sus caminos se abrirán o su salud se estabilizará, o quizás, que los espíritus les traerán su amor de vuelta, atado y hechizado. ¡Cuántos abismos en la ignorancia humana, por Dios!

Me sentía como un pez fuera del agua y en ciertos momentos también sentía vergüenza ajena. «¿*En serio que tendré que pasar por semejante bochorno?*» —me preguntaba y por algunos instantes ansiaba por alguna señal de Jimena para que nos fuéramos de allí, que saliéramos a la francesa y que nos riéramos de todo rumbo a casa, donde me esperaba un merecido coñac. No obstante, ella seguía de ojos cerrados, buscando serenidad, llevaba incluso cierto inicio de sonrisa, de las inexplicables certezas de su fe. Yo, definitivamente, no lograba compartir de ese sentimiento.

Poco a poco la casa se iba llenando y lo curioso era que, cuanto más gente había, más grande y profundo era el silencio. Creo que eso me contagió inconscientemente porque pasé a sentir cansancio y mis pensamientos se aquietaron. De los siguientes minutos no recuerdo mucho, parecía que un silencio blanco se adueñaba de mi mente, acompañado de un constante zumbido del ambiente, como un cable de alta tensión distante, una vibración que, en su momento, parecía que iba estallar.

De repente, por detrás de las cortinas cerradas, una oración en forma de canto nos traía lentamente de vuelta (¿adónde anduve?). Luego, los primeros atabales dijeron presente y a cada ritmo se sumaban crecientemente los primeros cantos, las palmadas, los demás atabales. Cuando por fin se abrieron las cortinas, todo me pareció grotesco: había una veintena de personas, hombres y mujeres vestidos de blanco, con diferentes collares, cantando bajo la mirada de un Cristo de madera bañado en luz verde y de brazos abiertos.

«*Al menos estoy delante de un espectáculo folclórico*» pensé, ya imaginándome la elaboración de alguna anécdota pintoresca para hacerles reír a mis amigos del club cuando, por fin, escapase de allá. Mientras tanto, casi todos los asistidos se habían levantado y participaban del insólito rito, seguían el ritmo con las manos, cantaban, algunos sonreían y se dejaban llevar. Yo en realidad no quería estar ahí, lo hacía por Jimena que se preocupaba con mi salud, sin embargo, a partir del momento en que me familiaricé con el ambiente, confieso que algo no me dejaba indiferente.

«*En el reino de Oxalá, donde hay paz y amor*», era el canto desafinado de todos, «*luz que se refleja en la tierra, luz que se refleja en el mar*», custodiado por el baile ancestral, «*luz que viene de Aruanda para todo iluminar*». Por dentro yo lentamente empezaba a vibrar al ritmo de aquella celebración, mi corazón, mi pulmón, mis músculos,

mi mente, parecían poco a poco, sintonizarse en una sola frecuencia de ritmos, cantos, palmadas, tambores, «*Umbanda es paz y amor, un mundo lleno de luz*». Luego se me despertaron ganas crecientes de batir palmas, parecía que se avivaban memorias ancestrales grabadas en mi genética primitiva: alabar a Dios, una costumbre milenaria que la selección natural por alguna razón todavía no había borrado.

Si por un lado mis prejuicios me decían que las escenas eran casi caricaturescas, involuntariamente trataba de acompañar la cadencia con las manos. Cuando agarré el ritmo, una inexplicable alegría me invadió: miraba a las demás personas, ahora hermanados por el ritmo, algo nos equiparaba, un casi infantil sentido de pertenencia, una alegría desubicada. No sé qué me estaba pasando y por un momento pensé: *¡qué gil! ¿qué hacés? ¿invocás espíritus, hombre blanco?*

Reculé hacia la pared del fondo para tratar de recuperar la razón a través de la distancia, había que recordar que todo eso era, como mucho, una experiencia psicológica de inconsciente colectivo. *¡Conmigo no hermanos!*, tengo un dolor en los riñones que me tiene frito, estoy acá para que por fin Jimena me deje en paz, pero no seré ridículo a punto de hacer parte de ese espectáculo.

De repente apareció una mujer con un sahumador, quemando hierbas y pesadumbres. La gente se zambullía en la humareda y, no sé porque diablos, lo único que anhelaba, protegido por la pared, era que no se olvidase de mí. Por alguna razón (¿había razón?) creía que los humos me limpiarían y que los necesitaba. Cuando la mujer se acercó con mirada certera, yo giré y me bañé en su nube y sentí un desproporcional alivio y la gente cantaba y bailaba y adoraba.

Por un par de veces intenté volver a la sana consciencia que hasta hace poco se burlaba de aquellos atrasados que todavía invocaban dioses y, pese a que estaba más desubicado que caballo en terraza, la atmósfera me arrebatava otra vez y mi cuerpo empezaba a querer moverse por su cuenta.

Súbitamente sentí un escalofrío en la nuca, una disparada corta en mi frecuencia cardíaca, mis manos y pecho parecían hincharse, mi rostro se contorcía en muecas raras y por más que tratase de impedirlo, sentí como mi cuerpo se encorvaba por instantes. Era una fuerza magnética, no física, la que me pedía ciertos gestos o bailes, algo indígena o africano, ¡vaya uno a saber! Mientras peleaba interiormente, al borde de una íntima derrota y *rezaba* para que Jimena no me observase, yo me encorvaba y me erguía al ritmo de los atabales como un imbécil (¿qué carajo hacía?), como un indio con machete en manos bailando frente a un alumbrado Cristo de madera, al que nunca recordaba.

Pese a que quería huir, salir de ese trance descuidado, de ser un títere sometido (¿sería hipnosis?), no dudé en aceptar la invitación de la madre de santo que, con un modal calmo, sonrisa y mirada no dejaba dudas de que era bienvenido. “*¡Vamos!*” era la voz de mi mente, *en plural*. Ahora verdaderamente me sentía como un indio, o como si hubiese uno pegado a mí, o dentro de mí, algo inexplicable que nos sincronizaba los pensamientos y movimientos. Nuestros ademanes eran idénticos y simultáneos. La hinchazón que sentía era porque mi cuerpo parecía albergar su persona, considerablemente más fuerte y alto. Yo estaba consciente de mis actos, pero mis pensamientos y visiones eran guiados por alguien más que me hacía portar de manera rara. *¿Con qué derecho?*

Al mismo tiempo en que notaba un alud de sentimientos rebelados en mi mente, como persona esclarecida y diferenciada, me sentía humillado por las escenas que yo proporcionaba, también sentía un fuerte empuje para simplemente seguir la corriente y desatar algunos hilos de prejuicios. Con mirada nublosa busqué por última vez a Jimena. Creo que nos miramos y que me dijo: «*no te preocupes*».

Poco a poco todo se aquietó en mi mente. Era como si entrase en otro mundo, como un buceo en el mar que nos aísla de los ruidos externos hasta quedar nada más que la respiración interna, alejado mentalmente, quedaban solamente los ritmos de fondo, silenciados. Me sentí yendo a otro lugar, bajando hacia otra realidad cada vez más inhóspita, acompañado de aquel indio que me hacía bailar y cuya faz era muy seria y compenetrada, seguíamos en caravana. Reconocí a algunas de las personas que hace poco participaban del culto, todos atados a sus respectivos guías por un flexible hilo luminoso igual que nosotros. Por fin, llegamos a un lugar desolador, oscuro y pesado que se descortinaba con la energía de las palmadas de arriba, catapultas cuánticas. La escena era terrible y asombrosa: delante de nosotros había un mar de personas miserables clamando por ayuda o con mirada tan ausente que parecían verdaderos muertos.

Sentí pavor, repudio, desesperación, no quería ver eso. Cuando decidí terminar con toda esa locura y despertarme, inmediatamente una contracorriente, proveniente de mi guía, me hizo ver las escenas con sus ojos de piedad y de compasión. Observé como él se movía entre los harapos humanos y que se paraba delante de unos y los invitaba de mano extendida a que saliesen de su oscuridad pantanosa, de su desolación mental, como, con su voz firme y confiada, decía: «*vení, en nombre de Jesús*» y yo en seguida me lo imaginaba en luz verde, de madera y brazos abiertos.

La ciénaga era ahora un hormiguero de trabajadores, caboclos, negros, guerreros de todos colores y collares que socorrían a los espíritus sufridores y los conducían

amparados hacia arriba, impulsados por el ritmo de las palmadas, hacia donde bailaban todos los atabales, los humos, las personas y los cantos hacia Oxalá, para que, por fin, se liberasen los espíritus del purgatorio y se recuperasen más allá, «*hay muchas moradas en la casa de Oxalá, Aruanda, reino de paz y amor*».

Noté que, para hacerse visible, para poder limpiarles las primeras heridas, para poder tocarlos de modo a que sintieran su presencia, él consumía mi energía que fluía a través del hilo luminoso, como un tanque de nafta. Lo que inicialmente me pareció un dato menor, luego ganó proporciones inesperadas y descontroladas: descubrí que en realidad la relación de poder podría ser inversa: ¡mi presunto guía me necesitaba!

Confieso que esa idea de interdependencia no me despertó el sentimiento de unión, sino todo lo contrario. Todavía sin saber por qué, me sentí más confiado y seguro, sentí que dentro de mí nacía una idea, libertadora y destructiva. Poco a poco, entendía que algo en esa relación bilateral podría cambiar, yo sentía los latidos oscuros del corazón en mi sien, una ansiedad de creciente euforia, el acercamiento de una idea que ya existía, plantada en mi cabeza y que olía a poder: ¿qué le pasaría, si yo decidiera cortar el hilo que nos unía?

Era mi oportunidad, mi posible salida para acabar de una buena vez con ese abuso. Pasé a concentrarme en cortar ese flujo que nos unía y el cambio de actitud repercutió inmediatamente. Ahora nuestros pensamientos se chocaban, nuestras energías se separaban, nuestra conexión se trababa, así como su capacidad de actuación. Vi que me miraba, incrédulo, y no pude, ni quise, evitar ese momento en que la dependencia se invertía: me enderecé, lo miré y sonreí, sentía un dulce sabor de poder, de control, de victoria.

Bastaría abrir los ojos. Significaría soltarle definitivamente las manos.

Al volver, sentí, por unos pocos segundos, cierto mareo. Reculé nuevamente hacia la pared. Observé el rito de apertura de la Umbanda ya casi terminada, los gestos de los protagonistas que repetían los ademanes que hace poco vivenciaba allá abajo. Los médiums que ya habían regresado anteriormente con sus guías, ahora atendían a los asistidos, sentados en taburetes de madera donde aconsejaban a los necesitados y trataban de enfermedades con hierbas, humos y manos.

Mi sensación de euforia y de victoria se desvaneció casi que instantáneamente y cierto vacío o tristeza me invadieron. Por un instante, volví a cerrar los ojos, traté de ubicar alguna sensación, visión o presencia anteriormente sentida, pero todo estaba desierto. Jimena se acercó sonriente, casi radiante.

—¿Cómo te sentís, mi hermano? Parecía que te movías sin dolor —me comentó y fue la primera vez que me di cuenta de que en ningún momento mis riñones me habían incomodado durante el rito. No sé cuánto duró, allá el tiempo estancaba.

Yo sabía que luego los dolores volverían, hundidos como los pies de Pedro sobre el mar.

—Vámonos —le dije.

Jimena me tomó de la mano para despedirse de la madre de santo, señal de respeto y gratitud. Cuando nos tocó, casi no le pude mirar a los ojos. Mis emociones estaban incontrolables, había tantas cosas que digerir, que entender sobre mis ocultos haceres, que me sentía desnudo delante de ella, aunque me sonreía con humildad.

—La fe y la razón no son conflictivas, sino hermanas, hijas fructíferas de la caridad —nos dijo al irnos.

Conforme nos acercábamos a nuestra casa, la noche y el silencio entre Jimena y yo crecían, sin alejarnos. Estábamos con la mente en otro lugar y las luces de los autos, el ruido de los motores y la música de la radio (no recuerdo una canción siquiera) eran los tenues hilos que todavía nos ataban a la realidad, acrecidos, cada uno, de una torpe esperanza en los propios y necesarios cambios.

Y el silencio volvía a unirnos, no solamente a nosotros dos.

Sobre el autor y las obras

El narrador argentino, aunque bajo la inspiración del espíritu Pablo, sufre los mismos efectos que el lector al encontrarse frente a los primeros párrafos de cada cuento. Delante de una hoja en blanco, los cuentos se descortinan a cada nuevo párrafo, buceando en su propio mundo íntimo, recorriendo los mismos tortuosos senderos del alma y del auto conocimiento, en un camino cuyo desenlace sigue siendo imprevisible para el autor hasta el punto final.

De la misma manera que la gran mayoría de los personajes retratados, el autor tiene la idéntica necesidad de descifrar sentimientos o situaciones aparentemente superficiales, sintetizar los acaecimientos y emociones que muchas veces son simples pensamientos fugaces, temblores internos, verdades escondidas que se acumulan progresivamente mientras los cuentos se desarrollan con voluntad casi propia, incontrolables.

Todos los derechos autorales serán integralmente donadas a instituciones sin fines de lucro.

Tierra Prometida

Compuesto por 14 cuentos, “Tierra Prometida” abarca temas diversos como el aborto, migraciones humanas, resistencia frente a dictaduras, la adopción y los acerca a los individuos a través de los hilos invisibles que son las posibilidades de conexión espiritual, la reencarnación y las leyes de causa y efecto, inmunes frente al tiempo.

En el vórtice de las tramas los hechos se suceden de tal manera que emergen los puntos exactos en los cuales el libre albedrío de los personajes los llevan a decisiones y consecuencias cuyas repercusiones pueden determinar o explicar las necesidades de evolución espiritual.

Muchas veces, basta un hecho o un pensamiento para iniciar la búsqueda por la espiritualidad.

“Cada lector se encuentra a sí mismo.”

(Marcel Proust)

Norma y yo

Edición compuesta por 13 cuentos, “Norma y yo” sigue la línea del volumen anterior, incorporando temas como la salud mental, los prejuicios, la adicción, la fe y la reforma íntima en cuentos ubicados en diversas épocas de la humanidad.

Aunque a veces de manera aparentemente involuntaria, los personajes retratados son conducidos a bifurcaciones en la vida en las cuales siempre existe la posibilidad de elegir caminos que llevan al cura del alma o a su derrumbe. De la misma manera que un grano de arena puede retratar un sinnúmero de leyes físicas, a veces ciertos conflictos y sus decisiones, por más simples que parezcan, esconden tendencias que revelan nuestra verdadera faz.

Al final, uno siempre se encontrará frente a su implacable conciencia.

“¿Es una fe sincera la fe que no actúa?”

(Racine)

Tres segundos

En el tercer libro, “Tres segundos”, también compuesto de 14 cuentos, los autores incluyen temas universales como concretos como guerras, hambruna, política y enfermedades así como características personales tales como el machismo, la fe (siempre presente), el perdón y la vida después de la muerte.

Apoyados en la fe racionada, los autores buscan incentivar el desarrollo espiritual, individual e intransferible, a través de una cadena de pensamientos, descubrimientos y asociaciones de los personajes que al final pueden despertar en el lector el ánimo y el coraje de conocerse e unirse a la fe.

El aprendizaje no tiene límites, pero la fe solamente vale la pena si genera cambios fructíferos.

“Lo que es verdaderamente inmoral es haber desistido de sí mismo.”

(Clarice Lispector)

Centro Espírita Fraternidade da Luz

El Centro Espírita Apométrico Fraternidade da Luz está localizado en el barrio de la Pedreira, conurbano de la ciudad de São Paulo. Realiza atendimientos gratuitos de cirugía espiritual, desobsesión, apometría, psicografía, aparte de palestras y cursos relacionados al universo espírita, de la apometría y del desarrollo mediúnico.

En sus humildes instalaciones comporta el atendimento de cincuenta pacientes por sesión que son llevadas a cabo por un grupo de cerca veinte médiums formados por el propio Centro. Esa siempre ha sido su filosofía, pues prima por la cercanía a los necesitados y por la unión, desarrollo y armonía de los médiums, prefiriendo la calidad y la humildad frente a la calidad y exposición.

La terapia espiritual no es invasiva, actúa solamente sobre los cuerpos espirituales de los pacientes y de ningún modo sustituye el tratamiento médico que debe seguir de acuerdo a lo determinado por los clínicos. En realidad, ambas terapias se complementan, una vez que el Espiritismo cree que antes del cuerpo, primeramente el espíritu se enferma y es precisamente allí donde interviene.

Como complemento, el Centro Fraternidade da Luz también ofrece tratamiento psicológico gratuito para aquellos que no tienen recursos financieros para uno particular o amargan largas filas de espera por una consulta en el sistema de salud pública.

Contacto: www.hwcuentos.com